

SUPAY EL CRISTIANO

LENTO como era el indio, liviano como eran los pies del indio, leve como eran las flechas del indio, desde lejos venía el rumor y en el valle agrandaba su vocerío. ¡Se alzan los indios! De norte a sur de la tierra se alzan los indios para expulsar de la tierra al español. ¡Todos los indios! Los de Copayapo, los de Atacama, los de Limarí, los de Coquimbo, los de Choapa, los de Quillota, los del Cachapoal y el Bío-Bío. ¡Todos los indios! Vienen a juntarse con los del cacique Vitacura y con los del cacique Tobalaba, con todos los de la tierra que robó el español, para expulsarlo por la fuerza de la tierra. Lo mataremos como a los de Concón, lo expulsaremos como a los de Almagro. Libertaremos a los caciques prisioneros y ellos mismos matarán al español. Ya el indio no soporta más, hambre y frío sufrió en el invierno para que hambre y frío dolieran al español, pero llegó el tiempo bueno para el indio y el sol alumbraba de cabo a cabo del día sólo para que no dejemos de encontrar al español. ¡Lo encontraremos! El español es cruel y malo. El español mata al español. El indio lo ha visto. En la plaza estaban dos españoles colgando del pescuezo, larga la lengua, largo el cuerpo, larga la lengua y en ella se congregaban rumorosas las moscas. El español se reunía a mirar eso, conversaba y se sonreía,

se iba luego el español, conversando y riendo. ¡Al español mata y no va a matar al indio! Pero el indio no soporta más, y de *regua* en *regua*, de norte a sur de la tierra, ha pasado la gran noticia. Ahora se alza el indio para expulsar al español. Pocos van quedando. No tienen socorros, les quemamos el barco, se mueren de hambre, no tendrán qué comer. Quedan pocos y no tienen recursos, matamos unos cuantos en Concón y ellos han muerto a los demás. ¡Y va a querer al indio!

De *regua* en *regua* fue viajando la noticia, bocas españolas mudamente lo fueron repitiendo, testas españolas lo fueron propagando. Desde Choapa hasta el Cachapoal fueron apareciendo, a la entrada de los caseríos y en la puerta de las rucas principales las cabezas de los españoles muertos en Marga-Marga y Concón. El griterío indio se acercaba a mirotarlos. ¡Este es el español! ¡El indio lo mató en las minas y en la playa! Viene robando la tierra, los animales, las sementeras del indio. ¡Se lleva a las mujeres y mata, por inútiles, a los *hueñus*! ¡Este es el español! El indio lo matará, uno a uno matará al español y estarán de fiesta después todas las *reguas*. *Supay* es el español para el indio, *supay*, porque casi todo lo sabe y casi todo lo oye. Siempre lo encontró despierto cuando se deslizó hasta las tiendas para sorprenderlo. ¡*Supay* el español y el caballo del español! Cuando el indio se arrastró en la noche a través de los matorrales, que, por indios, no hacen rumor que lo delate, el caballo relinchó en la noche para despertar al español. ¡*Supay*, pero los mataremos! Matará el indio al español y al caballo. El indio anda escondido ahora por culpa del español, no puede pedirle frutos a la tierra ni clavar su ruca encima de ella, porque el español está, siempre, buscando indios y cosas de indios con la mirada. El indio tiene que correr y esconderse cuando el español aparece trotando una loma. Pero llegó el tiempo y de *regua* en *regua* pasó volando la

noticia. ¡Se alza la tierra para expulsar al español! ¡Lo mataremos! No se quiere ir. Edifica rucas españolas y dice que se queda. ¡Lo mataremos! Está solo, no tiene recursos, lo mataremos. El gran Michimalonco se alzó furioso y clamó a su gente. Y, pues, desde Concón partieron veloces las cabezas cortadas de los españoles a noticiarles a los habitantes de Choapa y Cachapoal que se alcen y corran hasta donde está el español, para matarlo. Liberaremos a los caciques que tiene presos. Cualquier día que huelga olor a sangre, el español matará a los caciques prisioneros para sentirse tranquilo. ¡Hasta mató al español! ¿Cómo ha de sentirse seguro el indio? Por todo eso, de norte a sur de la tierra, creció el rumor, el gran dios indio, se agrandó en la playa de Concón, fue a atisbar a las minas de Marga-Marga, bajó por los faldeos de la cordillera, se vino cabeceando con el agua del río. Cientos de testas cristianas cazarán el indio para colocar en la entrada de los caseríos y en la puerta de las rucas para adorno. De río a mar irán brotando las testas ensangrentadas para esparcir la noticia. ¡El indio mató al español! Las cabezas cortadas mirarán entonces la tierra que el español no pudo robar. ¡Hermosa, limpia tierra! Hasta aquí no llegaron las piernas del español ni las pezuñas del caballo. ¡Los mató antes el indio! ¡El indio no soltó la tierra y los mataba juntos! ¡Estas son las cabezas! Pero el español, ¡*supay*!, escuchó el rumor, en medio del sueño se le entreabrió el oído y se quedaba temeroso y despierto.

—¡Mucho nos duraba el sosiego!

No descansaban todavía las manos que habían estado construyendo las horcas y trenzando las cuerdas, no se pudrían del todo aún los cristianos muertos en Concón y Marga-Marga, cuando ya, en la noche, ya, en el día, venía el rumor indio.

—¡Se alzan otra vez!

—¡No los abajamos bastante!

Los yanaconas de servicio se veían contentos, no lo ocultaban, y siempre que podían traían noticias crueles. ¡Un indio alzado andaba rondando el campamento! ¡Un *hueñu* apedreó un caballo y se arrancó un *chilihueque*! Otro día, entre la neblina del atardecer, divisaron a un grupo de indios de guerra tras los cerros que quedaban al norte de la ciudad. ¿Estaban ahí, entonces, los indios? No, no estaban todavía, pero los yanaconas llevaron contentos la noticia, alegrándoseles la triste cara. ¡Se alzaban los indios! Aquella misma tarde, algún yanacona, después que miroteó en lo alto de las rocas los cadáveres ahorcados del soldado Ortuño, de Pastrana y del infeliz Chinchilla, corrió cojeando hasta la *regua* más cercana, tierras indias de Apoquindo o Lampa, para llevar la noticia. ¡El español está matando al español en el campo! ¡Vayan a catear los espías de guerra! ¡En la cima del Huelén hay un cadáver en una horca! ¡Es un cadáver español y no indio!

Tornaban los de servicio con la noticia a Santiago. Andaban raros los indios, se estaban retirando de la tierra, desaparecían y se iban lejos, cargando sus cueros, sus flechas, sus *hueñus*, arreando el ganado entre nubes de polvo y envueltos en mortal silencio. ¡Señal segura, se van a alzar!

—¡Que se alcen! ¡Prontos estaremos para recibirlos!

—Pero necesitamos provisiones, maíz, trigo, carne, necesitamos más leña.

—¡Si vienen, vendrán para mucho tiempo!

Don Pedro de Valdivia escuchaba los rumores y no les hacía mucho caso. Aún no terminó de verdad el invierno, no vienen todavía los indios. Nervios, miedos de los españoles que no duermen tranquilos desde la última matanza. Si vienen, aquí estaremos, pero no vienen todavía.

La conspiración habíalo tornado taciturno. Salía a

Anda extranjo según de Valdivia.

menudo a recorrer alrededores, iba callado, para distraerse daba batida a algunos indios, que, al divisarlo, huían como jugando y ni siquiera disparaban flechas. Andaban desgastados, desperdigados y perdidos, no querían *guazábara*, era evidente que alguna cosa extraña estaban tramando, pero extraño andaba también él y no prestaba mucho oído a los rumores que el aire le llevaba.

—¿Se alzan los indios? ¡Qué se alcen! ¡Que vengan! ¡Si vienen, yo me defiendo!

Se quedaba callado, adormilado en la silla.

—¡Si vienen, yo me defiendo!

Al llegar a Santiago, echaba al trote la caballería y entraba por las calles solas. Ni aun don Rodrigo sacaba una palabra de labios del gobernador. Un día llegó contento a casa de don Pedro. Iba casi riendo, parpadeándole los ojos en un airecillo fiestero. Se encontró con doña Inés.

—¿Está don Pedro?

—Ahí está, pero como si no estuviera —lo quedó mirando ella.

Entró al cuarto el sacerdote, tranqueó con fuerzas, pero él no alzaba cabeza.

—¿Está enferma vuestra merced? —preguntó con voz entera y dulce.

Valdivia no contestó palabra, desmoronado en su silla, no hizo un gesto, se tragaba hasta la respiración. El viejo movió la cabeza y sonrió. ¿Qué cosas pasaban por esa testa?

—¿Estáis enfermo, señor?

No contestó, movió un pie, nada más y ahí mismo lo dejó. Está rabioso el pie, rezongó bajo el hábito don Rodrigo, que salió de la pieza.

—¿Le hablasteis? —preguntó doña Inés.

—¡Le hablé, pero no me oyó! —se quejó en un suspiro el viejo.

Ella se quedó callada. ¿Qué tiene? ¿Qué le pasa? En vez de alegrarse por el castigo de los conjurados, se amustia y enmudece. ¿No escucha lo que andan diciendo los yanaconas?

—Vos sois su amigo, él os escucha y respeta. ¿No podéis averiguar lo que le pasa?

Don Rodrigo le cogió una mano y se la apretaba:

—Inés, ¿hay alguien que esté más cerca del corazón del capitán que vos? ¡Si nada podéis averiguar, ni el apóstol Santiago, que su patrono, ni el Dios del cielo lo podrían!

Como le quedaba sonriendo, ella se sonrojó pensando cosas y moviendo la cabeza para espantar ideas, pero en cierto modo halagada. Le franqueó los ojos:

—¡No estaré bastante cerca de su alma, don Rodrigo, cuando no puedo!

—¡Las mujeres sois sabias casi siempre, señora! Pero quizás no estéis bastante cerca del lado de su alma, en el cual se encuentra solo. ¿Queréis que os acompañe?

Fueron dentro. Ahí estaba, sentado en la silla, sumido en su propio silencio.

Se miraron. Hable usted, decían los ojos de ella. Yo hablaré, dijeron los de él.

Y posó con firmeza la mano en el hombro del capitán.

—Señor, corre por el pueblo la noticia de que los naturales andan alzados en el contorno y que se están reuniendo para caer sobre nos. ¿No oís esto? ¿No os importa?

Se quedaba callado en respuesta, pero la mano del sacerdote percibió un temblor en el hombro.

—¡Si se alzan los recibiremos, don Rodrigo! ¡Vuestra merced ha de saber que en veces hay que taparse la boca para acallar los insultos!

—¡Insultadme a mí y a la señora! —le contestó

riendo—. Os queremos bien y os comprendemos. ¡No será cosa de ponernos airados por un par de barbaridades!

Para tornarse alegre y reír era aquello, pero don Pedro no rió.

—Entre traidores se vive, ¿cómo queréis que me ande sonriendo? ¿Cuántos días hace que ahorcaron a esos? Ya me andan buscando la cara otra vez. ¡Otra vez soy el seor gobernador! ¡Qué sé yo de los indios! ¡Qué sé yo si se alzan! ¡Más ganas tienen los españoles que vengan de guerra que los mismos naturales! ¡Ganas tienen de verme pudriendo!

Se había puesto rojo, de una rojez blanquizca, enferma, le habían temblado los labios, se notaba cansado.

—¡Razones tenéis contra traidores, pero no contra amigos! —dijo picado el sacerdote.

—¿Quiénes son mis amigos? —preguntó agresivo.

—¡Vos mismo podríais contestarlo, capitán! ¿Os he traicionado alguna vez? ¿Tenéis queja desta señora?

—¡De otros tampoco las tuve hasta que las tuve! Seor vicario, ¿no confesasteis al Chinchilla antes de que lo ahorcaran? ¿No confesasteis al Pastrana, al Ortuño, al don Martín de Solier? ¡Ellos fueron mis amigos! ¡Desde que salimos de la Catedral del Cuzco me lo venían diciendo!

—¡No gritéis tantas injusticias, que os dolerán después! De mí no tenéis razón para quejaros. ¡No andaréis diciendo que ambiciono el gobierno de la tierra!

—Y de mí, ¿qué tendríais que decir, don Pedro? —se quejó doña Inés, haciéndose la herida y sintiéndose pequeña e insignificante, al mismo tiempo que indefensa.

Quedaron callados. El silencio los iba envolviendo, reconociendo, palpitaba mientras caía de sus corazones, no querían romperlo, los estaba uniendo, reuniendo, un tajo de voz lo cortaría. Por fin, fue mejor que hablara don Pedro.

—Nada tengo contra vos, doña Inés, nada contra vos, don Rodrigo. Perdonadme, señor, pero en verdad a veces me siento cansado de haber traído traidores y hambrientos infelices a esta tierra.

—Pero vuestra merced no puede cruzarse de brazos como si estuviera en su hacienda. Es capitán de la conquista. A ganar la tierra vino y la traición y el odio son también los elementos de su guerra, con ellos debe obrar y ganar la tierra y la gloria. Señor, la gloria no es suave, sino terrible, quedaréis sangrientos ambos, pero la venceréis, desfallecida en vuestros brazos. Si se sublevan los indios, alguna empresa cuerda o loca tendremos que acometer y aquí están vuestros amigos verdaderos prontos a oír lo que mandéis, aunque no sea justo. Se alzaron unos españoles afiebrados y eso os tiene desconfiado y sin aliento. Se alzaron. ¡Yo los estuve confesando! Cinco días hoy que los ahorcaron. ¡Pero voacé sigue en el potro! ¡Es mucha enfermedad para un caballero tan sano!

Como se quedaba callado, la mano del sacerdote le sacudió el hombro con vigor.

—¡Ande, señor! ¡Tire la flojera, que no es rabia lo que tiene! ¿Lo amilanó el peligro? ¿Lo acobardaron los primeros muertos y crió miedo? ¿Ya no le luce encantos la conquista? ¡Mucha tierra quería antes vuestra merced! ¡Agora se encierra y acorralla en su pedacico de inquina, callado y sólo la cultiva con su odio, rodeado de cuerdas y capuchones!

—¡No me torne hipocondríaco, don Rodrigo! ¡Legítimos temores de los españoles tengo y no son novelas ni entremeses! ¡Si es verdad que se alzan los indios, luego tendremos que elevar unas cuantas horcas para otros amigos míos!

—¡Yo, por amistad vuestra, los acompañaré mientras suben la escalera! Vuestra merced es hombre de guerra y sabe que en la conquista el que la hace la paga, los

vivos nos quedamos contentos y los muertos enterrados y olvidados.

Se puso en pie el capitán. Qué desmoronado aspecto. Como si hubiera dormido sentado en la silla una noche muy larga y, rápido, rápido, se hubiera ido poniendo viejo. Qué frente más arrugada, qué pocas ganas en sus ojos tan firmes para el deseo y el odio. Se veía borrado. No miraba a doña Inés. Tampoco a don Rodrigo. Miraba al aire y pensaba en el día 12.

Muy importante

EL DÍA 12 de febrero de 1541 no fue un día de emoción para los conquistadores, no fue tampoco un día demasiado importante para el alma de ellos.

Venían cansados desde mucho tiempo atrás, desde una tierra muy sola, muy calurosa, erizada de indios en los contornos. Habían caminado todo el tiempo en un sonambulismo lleno de desconocidas amenazas y olvidábanse de la real aventura que estaban siguiendo. Les quedaba lejos, en la memoria, que iban en busca de tierras para el rey, para el virrey, personas altas, difíciles y que, sin embargo, estaban pendientes de los cascos de sus caballos, de la ruta atroz que despedazaba los pies de cada hombre. Cada hombre, más allá de la coraza que le martirizaba el esmirriado esqueleto, más allá de los pelos sucios y sangrientos que le empastaban la cara, era una cosa preciosa para los seres finos y elevados de los que dependía, un tesoro, oro de carne, de huesos, de pellejo, de cansancio, diamantes y brillantes de sudores, de rencores, de odios, de suspicacias, de traiciones, de maldiciones que mascaban con acidez cuando algún mal percance les sucedía. Cosas pésimas les sucedían cada día y como iban a conquistar tierras para el rey, sentían un extraño gozo en maldecir de su nombre a medida que se metían sin esperanza

en el desolado desierto. Se hundían con rabia tierra adentro y qué prolongada era la tierra, se extendía más, todavía más, todavía otra legua, otro afiebrado día de tierra, sólo por martirizarlos, por amargarles la conquista. Por eso miraban con odio los hombres de la pequeña tropa, por todo eso maldecían. Del rey maldecían. Se gozaban viéndolo indefenso, ahí, entre ellos, a merced de ellos; en la soledad del calor y de la tierra, cogían fácil el recuerdo anubarrado del rey, lo cogían de una vez y maldecían acremente sobre él, salpicándolo con todo el hocico.

Así caminaron durante once meses introducidos en el calor, en la tierra y en el cansancio. Solamente los animales que de tarde en tarde pegaban en el horizonte sus gritos fieros ponían un poco de luz en sus fatigas. Solamente los pumas. Haciendo rodeos largos los habían visto correr, huirles, pararse, altos, en las patas y mirarlos desde alguna loma, rasgando sus aullidos, llorando largamente. Entonces pensaban en doña Inés de Suárez, que cabalgó con ellos junto a Valdivia, a Alonso de Monroy, a Francisco de Villagra, conversando a veces y otras no conversando. Sí, los ruidos de los animales feroces, que menudeaban cada caída de la tarde, les hacían pensar en la mujer sola que iba con ellos. Pensaban en la mujer equivocadamente, con golpes de pavor, como pensaban en el agua, una cosa rara y preciosa que antes existió y que quizás, en otra parte, en Lima, en Madrid, en Flandes, podría todavía existir. Mas aquí estaba sólo la tierra, el calor de la tierra, el cansancio de la tierra que subía por las patas de las cabalgaduras para encontrarlos. Un cansancio para ellos. Sólo los pumas llorando a lo lejos, cuando la tarde caía hasta el suelo y les mostraba lo solos y abandonados que se hallaban. Pocos árboles, pocos indios, restos del peligro que, de vez en cuando, les surgía del corazón, restos de la desconfianza que les hacía mirar hacia adelante, temor de encontrarse enfrentados de sú-

bito al postrer fracaso, como un indio más esquivo y más potente. Por eso, los indios que de cuando en cuando les salieron al camino fueron recibidos con alivio por sus cuerpos martirizados y enfermos. Cada ataque fue el aliciente desconocido, fatal, seguro, que les hizo seguir adelante; los indios les evitaban la modorra, los mantenían despiertos, medio muertos, pero vivos, alzados los párpados mortecinos y prontas las armas en las manos trémulas. De esta manera, a fuerza de penas duras iban avanzando, tirando su cansancio cuando surgían los indios, dejando charcos de sangre cuando huían en un griterío despavorido y desmenuzado. Alguien caía al suelo, en un largo quejido angustiado, abrazado al pescuezo del caballo. Sentían un revolver de cascos y veían al caballo salir huyendo, un caballo enorme y fantasmal, enloquecido, mientras el jinete, enfermo, herido o moribundo, se perdía estirado en el suelo de la lejanía dentro de la armadura que brillaba.

Así era la vida de los españoles cuando el mes de diciembre de 1540 los alcanzó en la ribera del Mapocho. Ahí determinaron instalarse. Era hermosa la comarca, surgían del suelo y aun de las quebradas tupidos bosques y se extendían frondosas y pacíficas praderas entre las hondonadas llenas hasta el borde de grandes flores rojas y amarillas. El agua corría suelta y libre y hasta perfumada junto a dos breves montes de agradable ladera que les recordaban las mismas cosas, las cadericas cadenciosas, las cinturillas de ensueño que se quedaron en la costa cuando zarparon de España. Sintiendo un estremecimiento y un miedo se sentaban en el suelo limpio para descansar los huesos, para lavar los ojos con el aire desta comarca indiana abierta y solemne. Tan generosa les parecía que hasta los indios abundaban y tenían una actitud de arrogante espera, eran también un fruto sazonado de la tierra, fruto para los españoles, pues se quedarían para

cransancio paulatino de Chile

descansar. El cansancio les había hecho detenerse, bajar de los caballos, desatar los bagajes. Como la comarca era suave, acariciante, azul y verde y rumorosa, y como les parecía que los llamaba, que los estaba llamando, de repente se les salió afuera todo el cansancio y don Pedro de Valdivia decidió quedarse para fundar la ciudad.

El día 12 de febrero no fue un día con emoción para los españoles. Los largos once meses que duró el viaje habían sido de cansancio, de cabalgar sobre las fatigas, con los indios que brotaban como resortes detrás de las rocas y cuando torcían el camino. Ahora ya estaban descendidos para mucho tiempo de aquel largo martirio. En la noche, cuando se tendieran en la tierra para dormir enteros, no se les haría corto y maldito y angustiante el descanso, no surgiría el peligro imprevisto, el grito airado y ya herido, en la primera hora del sueño, para tener, otra vez, que subir hasta el caballo y galopar sin comprender por qué, arrastrar desde la altura toda la tierra, todos los peligros, todos los indios. Ahora la tierra no era tierra suelta, polvo de tierra para ahogarles el desaliento, para echarles horror en el flaco ánimo y espolvorearles las sangrientas heridas, sudario que les subía infatigable por los pies y empezaba a peinarles los cabellos cuando se tendían para morir. Sólo los árboles se iban hacia arriba y se sacudían con majestad entre las nubes, en lo hondo del cielo, sólo el agua era lo que se arrastraba para atisbarlos, para que se tendieran junto a ella, que les haría dormir y soñar en su fresca cama, que los derramaba y hacía olvidarse. Disponían de un descanso muy extenso, de un descanso con agua y tierra florecida para reposar definitivamente sobre ella, no tierra hostil para correrla y cabalgarla y cansarse, como si cabalgaran jinetes de tierra sobre blandos españoles.

Fue el cansancio enorme de los españoles el que produjo esa crisis de tener que quedarse, de correr el

campo para conocer el país y sorprenderse con el agua saltando entre las rocas y reír despaciosamente mirándola. El agua era una cosa escasa, el oro para sus gargantas. La verdad era que cuando veían en las refriegas del desierto correr la sangre de los indios, pensaban en un agua rabiosa que quería quemarles las entrañas con fuego de tierra y de cansancio. Sólo descanso, nada más que descanso, y agua, agua fresca dentro del agua, corriendo entre los árboles, golpeándose contra las piedras, cayendo despejada de los cerros lejanos, corriendo por sus venas, por sus pulmones, por sus nervios, por sus pobres carnes golpeadas y sucias. A lo lejos, aquel diciembre de 1540, se veía la cordillera de la nieve, grandiosa, luminosa, solemne, potente y plácida, como escuchando, como escuchándolos correr y reír. En esa atmósfera, perseguir a los indios y someterlos debía ser una cosa hermosa y trascendente, casi un acto bueno y necesario. Ya no se trataba de pelear furiosos y desesperados contra ellos y defenderse de las flechas en medio de la soledad del alma y del desierto. Allí hubo que luchar también contra el camino, que era un indio más extenso, más hostil, encerrado entre la tierra y el calor. Eso quedaba lejos, tirado a las espaldas, entre la arena y los pantanos, cerca ya del Cuzco, en el recuerdo de la antigua expedición de Almagro.

Tiempo hacía que desde los arrabales mismos del Cuzco se le venían atravesando, a él, precisamente, no sólo los indios, sino también los españoles, unos cuantos sueltos desalmados, dos o tres pelagatos famélicos, consumidos por la fiebre y los celos del mando y de la conquista. Querían matarlo, no lo dudaba, ya no pudo dudarlo desde que Pero Sancho entró una noche en la tienda, tanteando la oscuridad con los puñales y se topó de pronto con el pecho y los gritos de doña Inés. Los conocía porfiados, mudos y solapados, como indios, duros, enfer-

mos de pura desesperación llorarían de pena a veces porque aún no lograban asesinarlo y lo sentían conversar con tranquilidad en las noches o reír a carcajadas en la tienda, echando al suelo las cartas del naípe, vertiendo alegre el vino. Aquél era también un odio con tierra.

El día 12 no tuvo importancia ninguna, se escribió el acta y al momento vino la noche. La ciudad había estado fundándose desde que partieron con trote liviano desde la Catedral del Cuzco. En medio del desierto, cuando les subían los primeros desfallecimientos, cuando les ascendían por los caballos los primeros indios y volteaban a la primera gente, la ciudad, ella sola, se estuvo fundando. Con los cadáveres de los naturales y también de los españoles, con los cadáveres de los caballos que corrían desangrándose más abajo de los hombres, más sudorosos que los hombres, más sufridos y taciturnos que los hombres. Con tierra de calor y de soledad se vino fundando por la pampa la ciudad. En cada emboscada y en cada batida, en cada desazón que dejaba ahorcadas las cabezas sobre el desfallecido ánimo, en cada espera que hubo que soportar para obtener los refuerzos que debían venir y que no venían nunca. Aun en las traiciones de Pero Sancho, en sus puñales metiéndose a los colchones, tajeando las sábanas, en Pero Sancho y sus conmlitones, estuvo surgiendo a pedazos la ciudad. Con sangre y con fatigas, con caballos sudando y hombres desangrándose, con chivateos de indios y nubes de flechas que venían directas, secas, silenciosas, el aire de cada vivo y cada muerto había estado fundando la pequeña tienda que en la noche del día 12 ostentaba su cartel de bautismo: Santiago del Nuevo Extremo.

El día 12 fue sin importancia y la noche no era, ahora, sino con estrellas, sino con calor nocturno, calor amable y extenso, refrescado en el río que hacía descansar y traía olvido. Las estrellas que arriba estaban enviando sus

tenues golpes de luz no eran ya estrellas de Michimalonco, eran estrellas de la ciudad, luces de una ciudad, luces de España. Desde aquí podía pensar con seguridad, con cierta maravilla y con verdadero regocijo que en la lejanía estaba el círculo más grande y más luminoso desde el cual salieron disparados, alentados sólo con el desaliento, trayendo en el camino, entre los bagajes, la ciudad por fundar. En el arzón de cada caballo, en la carga de cada yanacona, en las haldas de doña Inés, junto con la pollica y el pollo, encadenada con ellos, amarrada con los perros, habían traído a la ciudad. A través del desierto sin agua, pero con sol, sin refugio, pero con indios, sin luces de socorro o de amistad, pero con puñales que refulgían desde una tienda judía de Arequipa, a través de la soledad salpicada de pumas y de aullidos de pumas y de *chivateos* de indios y de flechas y plumas de indios, a través de los caminos que se perdían para perderlos y del tiempo que se enfriaba repentinamente para helarlos, hubo que traer airoso, perfecta, entera, frágil e importante la ciudad que debían fundar, extenderla en el valle, junto al labio del río, entre los dos cerros, cerca de los bosques tenebrosos y la amistad odiosa de los indios. Como una alfombra o un balcón morisco la habían extendido intacta, fea e incompleta y la noche estaba ahora sobre ellos. Ellos estaban en la ciudad, la noche ya no era la noche del desierto, alumbrada a lo lejos por los ruidos fosforescentes de las fieras y poblada en cada torcedura del camino por los indios malos que ondulaban las cabezas aprontando las flechas implacables, lo mismo que delgados, pequeños, resecos dioses indios.

Cerca de él estaba la doña descansando. Pocas veces la miró descansar, cada día había sido ella un conquistador delicado que fue cogiendo durezas por el desierto. A veces la vio hablar fuerte, con repulsa y odio, manejarse como hombre, como si entre tanta palabrota y tantas ar-

mas y tantos sudores varoniles, ella se hubiera confundido y enajenado y en el fragor de las luchas con los indios y entre la niebla de los desfallecimientos, equivocara sus manos y cogiera gestos airados de hombre, maneras de soldado, palabrotas con tierra. ¿Cómo a ninguno se le había ocurrido buscarle el odio y la venganza por el lado de la mujer? Lo habían querido despojar de la conquista de la tierra y le dejaban la hembra, a veces no lo comprendía y otras lo comprendía demasiado. Las penurias habían sido tantas, tanta la tierra, tantos los indios, que no habían tenido tiempo sino para preocuparse del pedazo de trozo vivo que cada cual era, del pedazo de carne sufriendo que era cada soldado. Antes de la llegada al valle comprendía que sólo doña Inés había sido una compañía para la soledad suya, el refugio solitario para todas las traiciones y penurias que había sufrido él por todos y a causa de todos. Solo y terrible como España, pensaba y respiraba hondo hacia el cielo, acordándose. Ahora que estaba en la ciudad, en las primeras tiendas definitivas, podrían comenzar a mirarse un poco más despacio. Antes sólo habían tenido ojos para la tierra del inmenso desierto y para los indios que, detrás de la tierra, surgían con su salvaje griterío y para los descontentos que de repente brotaban en el ánimo de algunos españoles. Susurrando de coraje y miedo, envueltos en las capas miserables caminaban en puntillas para apuñalearlo. Ahora mientras miraba los ojos de ella, abiertos en la oscuridad, y brillaban en la noche sus escarpines, imaginaba que había llegado el tiempo en que podrían tener ojos para ellos mismos y brazos no sólo para las armas y bocas no sólo para tragar tierra y maldiciones de tierra.

Esta era la primera noche, el resumen de muchos terrores nocturnos, el primer brote de las cosas futuras, las calles andaluzas que dibujaremos, las primeras fuentes del agua, los paseos, los quioscos, los jardines, la noche del

nos le fundó
primer descanso verdadero. Ahí, en la oscuridad, junto a los escarpines de la doña, estaba el acta de la fundación, tirada y enrollada en el suelo, ya perdida y ya olvidada, no bien seca todavía la estilizada letra del escribano. Humeara la candela en la mano de la doña cuando, en las últimas luces del crepúsculo, se agachaba el don Luis para ir dibujando sus arabescos mientras el viento le traía brisas perfumadas y recuerdos, voces lejanas familiares y vivas, y veía la suave mano que le sujetaba la candela y pensaba: Es de doña Inés, la tiene bonita y delgada, a pesar de la guerra, y de ella brotarían todos esos perfumes, esas brisas cruzadas que surgían del bosque florecido, y aureolado en ellas, y un poco cohibido, iba escribiendo.

no
Esta era la noche del día 12, la noche, en lo oscuro, se estaba consumiendo, brillando ahí donde corría el agua entre las rocas, mientras arriba chisporroteaban levemente las estrellas. Primera noche, entre muchas, que no otorgaban zozobra los indios. Sabían remotamente que en el día estuvo ocurriendo algo importante que no era la muerte española ni la india, no comprendían mucho, abrían los ojos incrédulos e indiferentes, después sonreían con sonrisa falsa y maligna, se iban. Esta noche no conspiraría tampoco Pero Sancho y el Chinchilla dejaría para después sus alegrías y sus carcajadas que hacían volar chillando a los pájaros cercanos. Ahí estaba la ciudad, en la noche pura, arriba, entre las estrellas distantes estaba la ciudad, junto a la cinta del río que se deslizaba con suavidad entre los peñascos para no romperse, para no romperla a ella, a la noche, que lo llenaba hasta el borde. Cuando la mano del escribano hacía crujir el pergamino, más de algún español anduvo distraído y ni siquiera estuvo presente. La doña se quedó muy seria escuchando, mientras ellos discutían las palabras iniciales del acta, como si fueran las más peligrosas, y cuando

poco a poco el don Luis las iba formando, estaba atenta, como adormilada o llena de esperanzas o de recuerdos. Pero la doña no pensaba en eso, la cabeza se le iba volando con el viento, cuando estaba en Venezuela y despertaba transpirando y tenía mucho calor y deseos de llorar, y afuera, el viento, en las apretadas calles del suburbio, sonaba fuerte para llamarla. No, no escuchaba, porque el viento estaba sonando ahí mismo, azotando con fiereza las lonas y no dejaba oír y estaba acongojada y pensaba, a lo mejor, ahora, ahora mismo se dejan caer sobre nos los naturales. Después, mucho después, cogió el acta del suelo, bajo la silla, la estiró hacia su pecho y la iba deletreando lentamente, sin lograr leerla.

Alto la funda
Nada se comprendía mucho, él no comprendía demasiado la fundación, la importancia de aquel día igual a otros, menos terrible que otros, no era tan importante como parecer pudo. Más importantes fueron las batallas con los indios, más importantes los puñales de Pero Sancho, mucho más importante la larga caminata y la tierra, toda la tierra caminada. En nombre de Dios y de su bendita Madre y del apóstol Santiago la habían fundado. Personas invisibles, que estaban muy lejos, más lejos de la tierra y de los indios, más lejos dellos. En el nombre de su cansancio la habían fundado. Nada se comprendía mucho y aún el cansancio era algo lejano e informe, como Dios y su bendita Madre, como el apóstol Santiago, caballero en su caballo blanco. Quizás aun si jamás Pero Sancho pensó matarlo... Así había sido la primera noche. ¿Lo comprenderían ellos, jamás? ¿La doña, don Rodrigo? Lo miraban como si él debiera pasarles alguna cosa en prenda de amistad u odio, paquetes, bagajes, rollos de cuerdas.

—Me habló largo rato, con mucho rencor, vuestra

merced, don Rodrigo, hace rato le venía escuchando, como por debajo. ¿Quiere que le conteste? ¿De qué me quejo? En verdad, ¿me he quejado yo? ¿He hablado de que me quejaba? Lo que pasa es que, a veces, me siento un poco cansado. ¡Tengo ganas de irme caminando, de sentarme cuando llegue! Pero no puedo, no puedo irme, don Rodrigo, doña Inés. ¡Soy un capitán de la conquista! Mi cansancio tiene eco en las secretarías y en los ministerios y en los sueños y vigiliass del rey y en los sueños fantásticos del infante y no puedo estar con sosiego porque ellos me miran, ¡todos nos están mirando, señor!

Se oía nítida la respiración del capitán. Oyéndola, se quedaban callados. Sí, era una respiración cansada. Doña Inés y don Rodrigo lo miraban y nada decían. ¿Qué podrían agregar? Hondo andaba él. Y cuando eso había echado afuera, cómo sería lo de dentro. Lo dejaban a solas con su respiración. ¿Qué se le puede decir a un hombre cansado que respira profundamente? Por eso ambos se quedaban callados a su lado y mucho le decían con eso. Doña Inés presentía que su cansancio sólo podría tener un remedio: que fuera cierto el rumor que por la tierra corría. Si era verdad que se alzaban los indios, don Pedro tornaría a ser el capitán de la conquista. Si no le traen guerra los indios está perdido. Si no se alzan, cualquier día hacen otra conspiración los españoles y lo matan. En ocasiones se le metían ganas de correr hasta el caserío más cercano para consultar al hechicero. Sí, cualquier día iría en busca del *ambicamayo* para que le predijera la suerte de los días suyos y los del capitán. Mas en este minuto postrero don Pedro tenía ganas de hablar:

—Mañana parto al Cachapoal, don Rodrigo. A ver si no se queja más vuestra merced. Todavía no me muero y me preocupan los indios otra vez. A lo mejor es verdad que se alzan. ¡No jodamos más a la gente y vayamos a averiguar!

CINCO DÍAS hace que el capitán partió para el Cachapoal. Se fue con una escolta de cincuenta españoles de a caballo. Los rumores que venían del sur no eran mejores que los que llegaban del norte. De verdad, los indios se alzaban. Más de un mes hacía que Pero Gómez de Don Benito había partido también y no mandaba noticias.

—Me juntaré con él y desbarataremos a los indios.

Se fue resuelto, firme, decidido. Doña Inés lo miró irse con alegría. Los indios se alzaban para salvar la vida del capitán. ¡Mejor que se vaya! Se fue, eso sí, recomendando cuidado y desconfianza.

—¡Guarda con el español y con el indio! Si es verdad que se alzan los indianos, tendremos revueltas en el campo. Murió Solier, murió Pastrana, murió Chinchilla, mas el Pero Sancho está bien vivo. Si los naturales vienen sobre la ciudad, ojo con Sancho. Debí darle horca también. Tiene el oído fino y ya habrá escuchado el rumor del alzamiento. Por todo eso, ¡ojo con Sancho! Después, ¡ojo con los indios! Así me voy tranquilo y ganaré con Don Benito la tierra del sur. Hay que dar batida a los alrededores de Santiago. No dejar tranquilo al indio. Batirlo y meterle pánico y zozobra y averiguar dó tiene escondidas las comidas. Precisamos alimento, miles de

almuerzos. Si vienen, vendrán para muchos años, somos pocos y no tendremos sino que resistir hasta hacernos viejos.

Se fue en un trote airoso y al momento Alonso de Monroy, que con cincuenta españoles quedó en la ciudad, comenzó a batir los alrededores. Galopó Ñuñoa, Vitacura, Lampa, Colina, Talagante, Alhué, Melipilla, Rancagua, desbarató al indio y descubrió sus *cajis* y grandes cargamentos de maíz, de trigo, de frejol arrastraron a Santiago los yanacunas que alborotaban tras los *chilihueques*. Cuando regresaban divisaron unas chácaras muy peñaditas y hasta tres indias que trotaban por un camino, junto a un riachuelo. Desenredaron los lazos y galoparon tras ellas, pero bajo unos árboles vieron amontonadas unas vasijas de chicha y, mejor, las lacearon a ellas. Ponían el hocico bajo el gollete enorme y se empapaban enteros. Sentían el rumor de miles de insectos, el pesado aliento de las flores y el calor de la chicha que se les iba metiendo. Les renacía un sueño, un antiguo sueño, y los dientes se asomaban tras las bocas sensuales para buscar a las indias que irían trotando junto al riacho. Atardecía y, embriagados y acongojados, montaron y echaron la caballería contra las vasijas y las voltearon. Sentían el gluglú del líquido escurrir impetuoso entre las rocas cuando echaron a caminar otra vez. Tibia la cara, fácil la risa, animosos, blandos y adormecidos, echando los lazos al aire y laceando, entre carcajadas, la cabeza del soldado más próximo, entraron a Santiago. Monroy estaba contento, se mordía el bigote y dejaba sonreír sus labios nuevos.

—¡Que vengan, no más! Tenemos bastimentos y provisiones para unos dos años. Dos años de fuerzas tenemos almacenados, que vengan y guarecidos en ellos resistiremos.

¡No sea zonzo el español! El indio va a venir. Mientras el español anduvo robando la tierra y los frutos de la

tierra y mientras arreó a la ciudad los *chilihueques*, con el ruido que hacía la boca del español, alegrándose, con el ruido que hacían las armas y el caballo, el español no sintió el rumor del alzamiento que seguía creciendo encima de la tierra, a través de los árboles, bajo las aguas.

—Tenemos comida para dos años, frutos de la tierra, carne y leche, la chicha no nos falta, ¡que venga el indio!

—¡Sólo él nos va faltando para distender la gordura!

El indio no es sordo. El indio acuesta su oreja junto a la tierra y la tierra le cuenta lo que escucha su oído inmenso, lo que va sonando y corriendo por su extensa espalda. ¡Se fue el español! El capitán de los cristianos partió al sur de la tierra con muchos caballos, a juntarse con los cristianos que en las orillas del Cachapoal están persiguiendo al indio y robando sus cosas. Numerosos caballos lleva el español y no tornará hasta que deje bien robada la tierra del indio sureño. Pero el araucano es terrible cuando le pisan la tierra, el araucano no soltará al español y matará después al caballo. Crece en el sur el rumor de los indios, crece y se va hacia el norte, y el viento del sur, el viento del norte, llevan el rumor hacia las *reguas* de la costa y de las sierras. El español se fue de Cara-Mapuche. Hacia los bosques del sur galopó, lleva armas para matar al indio y hachas para matar al árbol del indio. El español no quiere al indio sino para matarlo y cuando no lo encuentra busca al español y lo mata. Abandonó silencioso Cara-Mapuche, se fue a perder al indio del sur de la tierra; pero no es zonzo el indio y emboscado lo espera. ¡Esta vez no libran el español ni el caballo!

De *regua* en *regua* fue el rumor indio proclamando a la gente. Pero el español nada oyó o si oyó no le impor-

taba. ¿Cómo va a temer el español? El indio es pobre, el indio es miserable, el indio es de tierra. ¿Va a tener pavor el español? ¡El indio no tiene caballos! El *ambi* sabe la muerte que le espera al indio, el *ambi*, solitario en su pipa, fuma las desgracias del indio y hace llorar al natural, el *ambi* cura el mal de ojo que le hicieron al indio, pero él nada puede contra el español. El *ambi*, muchas noches, sentado a solas con sus pensamientos, se fumó en mitad de la noche al caballo del cristiano, pero, siempre, ahí estaba el caballo. ¡*Supay* el caballo! Cuando el indio logre matar al caballo morirá el español. Pero antes de que eso suceda, ¿cómo va a tener miedo? Anda siempre soberbio, galopando. Se abren alegres en el aire los potentes relinchos insolentes. ¡*Ambi* el caballo! El indio nunca siente que se acerca el caballo con el español y siempre cogen ambos al indio. ¡*Ambi* el caballo! ¿Cómo va a tener miedo el español? No escuchó los rumores, puso sorda su oreja y cuando el español se fue a robar al sur lo que todavía no robó, el español que se quedó en Cara-Mapuche salió al campo del indio a desbaratarle sus *reguas* y saquearle sus *cajis* y lacearle sus *chilihueques*. Pero el indio es paciente. El indio tiene vigilante su rencor y no suenan sus flechas cuando vienen volando. ¡*Supay* el cristiano, *ambi* el caballo! ¡El indio vendrá sobre la ciudad para matar al español y al caballo!

Michimalonco daba la orden. Alcese el indio para matar al cristiano, todo el indio; venga por los ríos el indio sureño a juntarse con su hermano araucano que, sentado en la tierra, lo oye venir y lo espera. Juntos corran silenciosos a través de los bosques hacia las *reguas*. Los changos ya están en armas en la orilla de la playa y hace una luna que vienen caminando y escondiéndose. Cualquiera noche surgen las primeras cabezas tras las lomas. El español salió de la ciudad, desapareció con los caballos en dirección de los bosques del sur de la tierra. Mientras

se fue al sur con los caballos, el español que se quedó salió al campo a robar lo que todavía quedaba y dejó sin *cajis* al natural, le quitó la chicha y, en medio de una *taqui* rabiosa y entusiasmada, rompió las vasijas y arreó los *chilihueques* y echaba los caballos contra las rucas para encontrar a las indias y, como no las encontraba, mataba ahí mismo a los *chilihueques* y disparaba a las piernas de los indios que huían. Así es el cristiano de ladrón y bandido, así es de soberbio. Ni porque el español se fue, el español que se quedó adquiere miedo. El no oyó que el rumor indio se viene haciendo enorme y amenazante. El indio sabe ser sigiloso y la noche sabe ser india, indio es el río e hincha su rumor para adormecer con su más suave arrullo el cansancio del cristiano, indio es el viento y silba una larga dulzura sobre cada alma cristiana que está dormida. La noche se quedó quieta y sólo el ruido infatigable de las aguas del río y sólo el sopor del sueño pasan sobre ella.

Se siente a veces el canturreo apaciguado de algún yanacona que todavía no duerme. Tranquila es la noche y en ella los yanaconas de servicio pueden estar despiertos y aliviarse. El trabajo no les suelta las espaldas cuando es de día y sobre el trabajo les caen las miradas y los golpes del español. Doblada trabajó la espalda del yanacona en medio del sol, desde que en las aguas del río se abrió el día, cargó madera, trigo, grandes *chilihueques*, las vasijas de la chicha. El rumor oloroso de la chicha se le metía por los pulmones y le hacía ver un caminito amarillo y solitario para irse caminando hasta el Pirú. En la noche puede descansar estirado sobre la paja. El cristiano está dormido y el que no está dormido está lejos. No resuenan en la noche sus airados gritos para llamar al yanacona, jamás se levantó en la noche para golpearlo, porque no se apuraba. Cuando cante el gallo y relinchen los caballos y hagan ruido en el campo los *chilihueques* y el

río traiga hasta la paja del lecho el ruido revuelto de sus aguas, tendrá que levantarse antes de que despierte el español, porque si el español despierta y grita y el yanacona no se apura, le duele la espalda al yanacona.

La noche transcurre a veces lentamente y el yanacóna se queda contento, adormilado, echado en la paja. Si vienen los indios, en cuanto vengan, correrá él hacia el campo, hasta muy lejos, se irá a las *reguas*. El sabe que van a venir, se están reuniendo y cualquier día caen sobre los cristianos. Cuando asomen las primeras cabezas, se irá despacio hasta el río y más lejos todavía y luego echará a correr. El español es malo, está siempre alerta, después que se fue el español ha redoblado la vigilancia y desde que salió a batir el campo y a robar a los indios, ningún caballo se pierde más allá de los cerros. El español es cruel y sabe manejar sus armas y sus caballos. El indio no tiene vestidos duros como los que tiene el español, el indio no sabe disparar el fuego que dispara el español, el indio, *¡supay, ambil*, no tiene caballos. ¡Sin embargo, el indio matará al cristiano!

Tendido en la noche se queda escuchando. Sólo rumor de agua, de follajes, de animales distantes llega hasta el caserío. El español está dormido, sólo el yanacona está despierto y se le ríe la cara oscura dentro de la oscura noche. Cualquier día vendrá el indio y entonces podrá reír él en medio del sol, a plena luz desta tierra robada. Porque en todo este tiempo, cuando el español lo vio contento, cuando vio retazos de risa asomarse en las facciones enfermas, el español golpeaba al yanacona, le ponía cadena, porque cuando el yanacona ríe, el español, que es siempre malo, cree que el pobre indio algo anda tramando. El yanacona no trama ninguna cosa, a no ser su risa terrosa para cuando venga el indio a buscar al español y al caballo. Vendrá, vendrá, seguramente, todo en la noche lo está susurrando. El río viene murmu-

rando que llega el indio, los árboles se duermen esparciendo dulcemente hacia lo alto su secreto, pasa el viento diluyendo unos pasos. Cuánta agua trae el río esta noche, grandioso resuena el rumor del viento que pasa y repasa sobre el caserío. Se agitan solemnes los canelos dormidos en la orilla del río, murmura largamente el bosque de pinos que rodea a la ciudad. Cada hierba despierta en la alta noche, cada piedra india que brilla enterrada en el sueño, lo están oyendo, viene el indio, de guerra viene y de venganza. El español se quedó dormido temprano y por eso vienen el indio y el rumor, vienen juntos, vienen silenciosos, misteriosos, protegidos por el claro cielo distante, encerrados por el inmenso viento serrano. Ondas alegres y gigantes echó a correr el río esta noche mientras pasa sigiloso frente a la ciudad, golpeando con sus labios las rocas, las ramas bajas, los caballos dormidos para advertirles que ya están ahí ellos. Con majestad hincha sus grandes copas olorosas el bosque dormido, las mece muchas veces para sacar el ruido justo, el rumor indio que viene trepando por sus troncos, abriendo sus flores. Relinchan en la noche los caballos del español, al lado afuera del sueño del español relinchan y duermen, vueltos hacia la noche india, parados, firmes, en la tierra, *supay, ambi*, los caballos. Ladran en la oscuridad los perros que trajo la española. Ladran hacia lo lejos. No, no viene el indio, duerma tranquilo el cristiano.

El yanacona permanece despierto y está seguro y se pone atento. Pero ¿por qué se ilumina la noche y deja caer rumores fieros y gritos largos mecidos por el viento que pasa muy alto y cae sobre el campo? Alzó su codo sobre la paja para atisbar con sosiego. Afuera, en la noche, bailoteaban en el campo trozos de luces rojas, ráfagas de resplandores hacia el río. Por el cielo negro pasaba el viento y, abriéndose sobre el caserío, dejaba caer desmenuzados y lejanos gritos de gente despierto.

ta. Desde el viento alto y frío cayeron aleteando, chillando, los animales, las avechicas que cría la doña, y el gallo cantaba airado, con furia, con urgencia, tal vez con miedo, rascaba en el suelo escarbando cuidadoso su miedo entre los excrementos, estaba cacareando entre las gallinas, remeciéndolas con su grito para que despertaran, mientras los retazos de fuego caían y bailaban y pasaban afuera. Los caballos relinchaban en los corrales, su llamada se sentía más lejos, apartada y distante, hundida en la tierra, sin terror todavía, clamando en lo oscuro, sacando negras tronchas de ruido de la tierra dormida. Ahora gritó la gente. El yanacona escuchó que se llamaban entre sí los españoles, pero él no los veía, se lanzaban nombres de lado a lado de la oscuridad para amarrarse con ellos. Sonaron entonces, tan luego ya, las armas. Una espada vibró larga, largamente cuando cayó al suelo. Su ruido resonante quedó parpadeando en la oscura cabeza del yanacona. Pasó gente invisible azotando la tierra, galopó un caballo, sonó el ruido metálico de trajes y de armas, se oyeron voces de furia o goce, se agrandó la luz afuera, se agrandó y pasó iluminando superficialmente las tinieblas, entre los ruidos y las voces, los retazos de llamadas angustiosas de los españoles y los gritos de los animales. Cuando el bullicio se hizo enorme y extenso, el yanacona dejó caer el codo y sobre él se quedó dormido. Roncaba ya con firmeza, entregado al olvido, cuando un dolor le traspasó el brazo. Se alza su cabeza a medias despierta y alzada se queda. Mira su mano clavada en el suelo por una flecha. El dolor le pintarrajea toscos visajes en la triste cara. ¡Está aquí el indio! Se queda mirando en una risa ahogada la flecha que le atraviesa la mano y se hunde en la tierra. Después, cuidadosa, delicadamente, la arranca. La mira otra vez y, mirándola, la esconde bajo la paja, echándola hasta el

fondo. Se alzó riendo, se fue hacia afuera, llevando hacia la luz su mano que sangraba para mirarla realmente.

Allá lejos, al otro lado del río, estaba el indio, todo el indio, por el agua venían nadando unas teas encendidas, se alzaba el rumor, roto de cuando en cuando por el resplandor rojizo de las teas que echaban lumbraradas sangrientas sobre las flores dormidas de la orilla. El yanacona mira incrédulo y asombrado y un suave sueño le chorrea por los ojos, las piernas le tiemblan indefinidamente, como si se le estuvieran deshaciendo. Los españoles, junto a él, moviéndose con dificultad entre los caballos, se echan gritos de desconfianza y miedo, ¡puta madre, qué pasa!, se insultan y advierten, mirando temerosos hacia lo alto el cielo negro. Algún cristiano loco y despeinado corre hacia alguna definida región oscura, colocándose apresurado el jubón, otro pasa, lento, tranquilo, sujetando la rodela y mirándola, echando miradas vagas, sin interés, sin apuro, incluso sin miedo. El yanacona está alegre y serio, se le entreabre la tristeza. ¡Están aquí, vinieron! Comprende poco a poco, como recordando, se mueve lento, mira lento y todavía con desconfianza, está la noche muy oscura y casi ya no se ven teas, ya se levantan todos los cristianos, él quería verlos muertos, pasear una tea, dos teas, una en cada mano, sobre ellos, sobre sus ojos sangrientos, pero ahora los mira correr tras los caballos que huyen por los matorrales hacia la cordillera. No se alegra, mira, abre la boca, mira, tiene sueño. Aquí venían los caballos y de repente estaban allá, revolviéndose contra los árboles, golpeándose con los españoles que los buscaban palpando las tinieblas, entre las armas que sonaban rodando por el suelo, golpeando las piedras, las sillas, enredándose en las ropas. De repente partieron revueltos todos, entre la oscuridad en que se movían los españoles y el ruido claro de las espadas, entre el pavorecido ruido distante, ahogado y subterráneo,

que hacen en los alrededores las avecillas que cría la española, entre el apaciguado ruido que hace, a la orilla de esa incomprensible algazara, apartándose de ella, el indiferente y frío río que brilla entre los árboles. Surgieron desde lo alto de la oscuridad los caballos, hechos un solo espantoso animal, con la baba de sus belfos y las maldiciones de los cristianos, pasaron sus narices resoplando, rosadas y blancas, cada vez más blancas y sonrosadas y los ojos enormes y angustiados abriéndose en las tinieblas, mientras las patas y las colas y los relinchos se desmenuzaban en la noche. El yanacona no entendía, no entendía nada, oscuro estaba todo, la noche, el bosque, los caballos, las gallinas y el pollo, vinieron los caballos con sus mil patas negras, cuánto ruido sacaron esas patas para patear las tinieblas, los jinetes no se veían, pero se escuchaban sus gritos de espanto y rabia, resplandecían a veces los caballos entre el ruido de las armas y la llama temblorosa de las teas, pasaban y venían palpitaciones negras y blancas, puntas de llamaradas rojizas y humosas y los gritos de miedo de los jinetes galopando los caballos, jurando y blandiendo las espadas, azotando con ellas las ramas de los árboles, persiguiendo algo en la oscuridad. El yanacona no comprendía nada, su alegría se había apagado o entristecido. No comprendió y sobre él pasaron los caballos echándole humo y luces que lo iluminaban y lo empujaban hacia dentro, la noche estaba muy oscura, y a pesar de los ruidos, silenciosa, como triste, el yanacona no comprendía y así pasaron los caballos, todos los caballos hacia los indios, que borrados en el campo, los estaban esperando. Blanda, copiosamente, empezaron a caerle multitud de flechas, suaves y flexibles, conocidas, nada de peligrosas, lo buscaban con afán en lo oscuro, una lo golpeó con presteza, le dio vuelta hacia los resplandores la cabeza para reconocerlo y pasó

hacia el otro lado, no le dolían, eran de agua, de viento, de hojas libres del bosque para la cabeza del indio.

Las flechas llegaban volando con un chasquido agudo y corto y se clavaban en la tierra, en los caballos, en los cristianos, llegaban vibrando con un golpe de viento, sonaban una sola vez y caía un golpe que se deshacía en el anca de un caballo o en el peto de un caballero. En mitad de la noche los cogió el grito de Santiago de Azoca, que velaba en el campo el sueño de todos. Debían de ser las cuatro de la mañana y el soldado, abierto sobre el caballo, aspiraba las bocanadas de perfumes que le enviaba el bosque cercano y se mecía con ellas, adormeciéndose. El caballo vibraba, entiesaba las orejas, se quedaba quieto y hostil, echando humaredas de frío por sus grandes narices vueltas hacia el bosque, después tiritaba larga y bruscamente y metía recelo en el ánimo del centinela. El caballo estaba raspando con su pezuña el suelo cuando Santiago de Azoca alzaba la testa para sacudir los ojos que se le caían dormidos. Alzaba más la cabeza, la introducía en el frío aire de la noche para despertarla y refrescarla, sacudíala con esfuerzo y se le abrían los ojos temerosos. Golpes de sueño le caían como escalofríos por la visera, el cuerpo se le doblaba sobre el pescuezo del caballo para quedarse dormido, se agitaba el caballo en un solo temblor y el soldado escuchaba claramente los nervios del animal que subían como gusanos ondulando hacia su cuerpo, se sacudía todo entero y se quedaba con los ojos abiertos, martirizados con dos aureolas de frío. Así transcurría la noche, cabiéndole la modorra de la centinela y vela, durmiendo y despertando con los vaivenes que en el sueño de ambos estremecían al caballo. Hubo un minuto puro en que menos que antes vibró el aire, en que más lípidamente que antes se quedó susurrando el río, en que la noche descendía hasta abajo para recogerlos y guardarlos. El sueño era un

viento de perfumes que le enviaban las flores del campo y los espinos del bosque, lo aspiró con ansias el cansancio de ambos, se quedaron blandamente dormidos y los despertó el golpe seco, brusco, resonante, de un macanazo en la pechera del animal que casi botó al jinete. Un indio, ahí mismo, blandía otra vez ambos brazos, lentos, lentos, como se blandía el sueño sobre el caballo y el jinete hacía un momento, cuando Santiago de Azoca gritó hacia atrás, hacia donde estaban dormidos los españoles:

—¡Los indios!

Lanzó otra vez un grito llorado y tuvo verdadero miedo y, echando el caballo sobre el indio que lo atacaba, sacó una medialuna de polvo de la tierra y escapó gritando hacia las casas, mientras el viento le deshacía un perfume de canelos en el bigote. Su grito ya había prendido en las casas, abría las puertas, golpeaba las ventanas, echaba al suelo las sillas y las espadas.

—¡Los indios, vienen los indios!

Entre el ruido tenebroso de las flechas y la grito de los indios que caían hacia rato sobre las casas, se escuchó la tranquila voz de Alonso de Monroy, llamando:

—¡Quiroga, Villagra, Aguirre!

Se oía el llanto de doña Inés. Estaba sollozando y gritando:

—¿Y el capitán y el capitán?

Mientras echaban maldiciones, la quedaban mirando, rabiosos de que fuera mujer, ¡y loca ahora! Si no saltó de sus sábanas es que no está... ¡la doña! La miraban con hostilidad, para explicarle rápidamente, a gritos:

—¡Se fue hace cinco días al Cachapoal!

—¡Orillas del Cachapoal! ¡A estas horas debe estar roncando!

Ahora, no más, se acordaban con terror de que el capitán, efectivamente, no estaba. Miraban con furia a la acongojada doña y corrían tras los caballos que relin-

chaban con recelo miroteando las teas que rayaban el cielo. Pasó corriendo un grupo de españoles alborotados y frescos. Esos habían tenido tiempo de despertar completamente. Los miraban con alivio. Se escucharon disparos repetidos y cuchilladas, ruidos metálicos dentro de las casas, entre los árboles, mientras desde la oscuridad surgían volando más teas y bajo ellas disparaban los arcabuces. Entre un disparo y una gran llamarada humeante vieron venir multitud de flechas, como un golpe de viento, ramalazo furioso, árbol disparado por la tempestad, que se deshizo a sus pies entre las ropas que llenaban el suelo.

—¿Qué hay, don Francisco? ¡Nos sorprendieron los hideputas!

Rodrigo de Quiroga arrastra la brida de su caballo, que ya viene herido, mueve rápido la cabeza y tasca el freno. Villagra está cargando su arcabuz. Lo apoya para ello en su caballo. Mira sonriendo a Quiroga.

—Están bien las maldiciones, señor. Sólo los desesperados no saben maldecir con conveniencia y fuerza. Insultos y denuestos, pero no oraciones, nos darán el coraje y la seguridad que nos faltan.

Como no le contestaban, mirando los resplandores de las teas, Villagra disparó dos veces y hacia el lado del río abrieron sus disparos grandes y temblorosos espacios luminosos. Se quemaban unos árboles y un caballo negro pateaba furiosamente las rocas con los cuartos traseros ensangrentados. Lejos se irguió la robusta figura de un indio sobre la multitud, en medio de los gritos estaba silencioso, como si de él emanara el silencio. Una tea cercana le iluminó el pecho contra los palos. Villagra alzó el arcabuz, lo apoyó en el cuello del animal, que se quedó rígido, como escuchando. El disparo reventó en un millar de luces e instantáneo, tal si estuviera de acuerdo, se dobló al otro lado el indio sobre su grandioso pecho. Villagra se sonrió con serenidad.

—¡Yo creo que resistiremos este infierno, así dure dos veranos!

Pasaron rápidos unos soldados, miraron a Quiroga, que estaba silencioso, pensativo.

—¡Señor, sus hombres le esperan!

Quiroga alzó la cabeza y salió corriendo. Villagra disparaba otra vez, iluminando al otro lado de la noche. Se le clavó por el pelo una flecha. Montó en el caballo, a cuyos pies llovían las flechas y una *huaraca* vino hacia él volteando por el aire. Pero no lo cogió, cayó cerca, sobre sí misma y sobre sí misma, no más, se abrazó. Villagra echó al trote el caballo, trotó de lado, buscando entre el ruido, para salir al galope por el más peligroso. Tenía frío, deseos de moverse, de sentir calor, de ver correr un poco de sangre, verdadera sangre, verdaderos gritos y clamores. Se aproximó a un soldado corpulento y le gritó:

—¡Apure a la gente, Aguirre, que se nos meten los indios!

Aguirre lo miró con resquemor. ¡Ya los tenemos metidos, señor! Mas, mirando las teas lejanas y el relincho receloso, arrastrado, de los caballos, cogió otra vez su arrogancia para contestar:

—¡Pocos somos en esta guerra, pero nos portaremos impiadosos y crueles!

—La noche nos está ayudando, don Francisco. Cuando se nos deje caer el día, ya no tendremos el seguro reparo de la oscuridad para seguir sanos y enteros. Entonces, hasta los pájaros del bosque nos dispararán sus flechazos. ¡Valiente hombre vuestra merced! ¿Estuvo ya batiéndose?

—Con ganas de pelear me levanté, señor. Cuando el indio no me deja dormir, ¡corro a matarlo!

Quedaron mirando la sangre en la espada desenvainada.

—¡Hermosa sangre! ¡Si nos pudiera decir en qué parará esto!

—¿No oye vuestra merced en lo que para? ¡Tenemos pasión para tres días!

—Pocos somos, pero pelearemos si hay que vivir. Esto no tiene vuelta. ¡Cuando nos matan un caballo es medio hombre el que nos queda!

—El apóstol Santiago está con nosotros, dijo denantes el cura. ¿Cree vuestra merced que a un apóstol tan corajudo van a macanear los indios? ¡Si no fuéramos tan pocos más nos ayudaría!

Cerca, se alzaban resplandores, se extendían rodeando el contorno, orillando el bullicio de la indiada, alumbrando las llamadas y los gritos, la soledad, el horrible temor, la duda, el próximo herido, los futuros muertos. Sonaban otra vez los disparos y, lejos, disparaba repetidas veces el eco, mientras las flechas remecían su follaje en el viento. Relinchaba un caballo, un espantoso relincho herido y aterrorizado, ululaba con eso la multitud, venían en el aire más flechas y cruzaban chirriando las teas, echando un humo negro que permanecía inmóvil y descendía de lado.

—¿Son muchos los indianos?

—¡Millones, vuestra merced! Están tapando el contorno, atravesando el río, y todavía caen, todavía siguen cayendo, saliendo de las aguas mojados y alborozados.

—¡Nosotros somos también millones! —exclamó Villagra y la exclamación lo dejaba triste. Cincuenta somos, se quedaba pensando.

—Pero tenemos a los yanaconas. Unos cuatrocientos. Para cargar las armas nos pueden servir.

—Son cuatrocientos traidores miserables, señor. ¿De qué nos servirá esa mierda? Para ponerse delante de los caballos cuando galopemos tras los indios. ¡Están aguar-

dando que nos coman vivos los naturales para pescar al vuelo nuestros huesos!

—Con el ayuda de Dios nos salvaremos. Metidos en el infierno estamos y, por lo que vuestra merced dice, ¡tenemos que rascarnos a los indios con nuestra propia uña y con la de los caballos!

—Ansí es, señor, con el ayuda de nos y de nadie más saldremos deste hoyo de indios. Que el apóstol salve al bachiller enfermo. Lo que es el cura Lobo, entre los indios andaba agora esgrimiendo como la corona de espinas su pequeña espada. ¡Tenía sangre hasta en el codo!

DOÑA INÉS rompió una camisa, lavó las heridas de Quiroga, le preguntó si le dolían. El le contestó muy pálido que un soldado español no contaba los dolores que le causó el indio. Ella le preguntó riendo si el indio, no más, solía causar heridas a un soldado español. Entonces se oyeron repetidos arcabuzazos afuera. Se quedó suspensa escuchando; un poco de limpia sangre escurrió del blanco pecho de Quiroga, que miraba pensativo los entreabiertos labios de ella. Sonó afuera el vocerío de los indios. Doña Inés tornaba la cabeza para escucharlo todo, mientras enjugaba con rapidez la sangre. Iba a hablar cuando oyó que del otro lado del cuarto la llamaba el sacerdote:

—Señora, ¿me ayudáis a fajar a este valiente?

Mientras lo vendaban, el soldado se desmayó.

—Se recuperará durmiendo —dijo, mirándolo con extrañeza, con un poco de molestia y frialdad, el sacerdote. Le echaron unas ropas encima y se apartaron de él. Pudieron preocuparse de Quiroga. Estaba casi alegre el sacerdote.

—Estar sano o bien guardado por el género y la poma es ser más numeroso ahora. El número nos pierde o nos salva, de alguna manera. Superficiales son las heri-

das de vuestra merced —le dijo, mirándolo como con reproche o desencanto.

—¡El caballo recogió las profundas, tocayo! —balbuceó con voz lúgubre Quiroga.

—Dan lástima como relinchan —dijo doña Inés, tornando el rostro hacia afuera:

Vieron que entraba otro herido. Lo traían entre cuatro soldados. Pero no, no estaba herido. Lo dejaron en el suelo y lo taparon hasta arriba con unas mantas. Se quedaron callados. Se miraron. Venía el ruido de la batalla. Pasó un largo chirrido.

—¡Disparan teas los indios!

Un resplandor, a través de la madera, iluminó el cuarto, se oyeron gritos lastimeros al otro lado. No eran gritos españoles. Caían los indios.

—¡Inolvidable día nos da Dios! —exclamó con desesperanza Quiroga.

—El dios de los indios, tocayo mío —contestó riendo el sacerdote, apretando con fuerzas la venda en el brazo del herido—, ¡quel Dios de los cristianos no madruga con tanta sangre!

—¿No canta misa hoy, padre? —preguntó doña Inés, sujetando el brazo de Quiroga para que amarrara firme el viejo.

—Cantándola estoy —respondió él, rematando con doble nudo la venda—. Está como nuevo, vuestra merced. Dése una asomadita por afuera, ¡a ver cómo lo deja la indiada!

Se sonreían. Se quedaban callados. Dijo el sacerdote:

—¡Pobres indios!

—¡Traidores dignos de lástima! ¡Ya les cobraremos la sangre que nos chuparon! —se quejó con súbita rabia Quiroga.

—¡Pobres indios! —exclamó doña Inés, mirando el cadáver español cubierto con las mantas—. ¡Pobres in-

dios! Hace bien, vuestra merced, padre, en mirarlos con piedad y lástima.

—¿Cómo no? —dijo entonces, casi en un grito el sacerdote—. Tienen la misma forma que los españoles, la misma alma. Otra cosa es que nos defendamos dellos. Pero matarlos por matar, ¡yo no soy asesino!

—Matar por matar, nadie mata. Todo asesino tiene sus razones, Dios mío —echó un suspiro Quiroga.

Se adivinaba siempre la noche, la noche oscura, eterna. Se escuchaban caídas, gritos, carreras de pies desnudos, multitud de piernas que pasaban rozando apenas la tierra oscura, sacando leve ruido. La indiada traía, llevaba su vaivén, como un monumento, igual que un gigantesco cántico rabioso, con ribetes de fogonazos que se alargaban hacia el bosque. Un silencio casi puro, vaciado de ruidos, era llenado de repente por un bullicio furioso, larga palabrería de la rabia india. Sonaba un arcabuz, un mosquete, cayó algo, un árbol, un grupo de indios, se sentía el viento que venía, pasaba muy alto, después, lejos, caían rápidos, repetidos, los chasquidos de las flechas, sobre la madera, encima de los caballos, entre los árboles, en medio del agua. Se escuchó, pegado a la pared del cuarto, un relincho fortísimo que se prolongó, un grito desmenuzado, angustioso y persistente. El sacerdote dio unos pasos hacia la puerta, estaba pálido y vacilante, compungido, parecía que iba a echar un discurso de duelo o a decir unos latines tristísimos. Lo sujetaron con resolución y lástima y cierto divertimento, como si el viejo estuviera, tal vez, un poco bebido y quisiera ir a vociferar afuera y a pegarle a algún andaluz en medio de la fiesta. ¡No se exponga inútilmente! Se alzaba, caía, se alzaba el relincho, los ruidos no sonaban ahora, sólo el lastimero llamado del caballo rayaba la noche de parte a parte del caserío, de lado a lado del campo, se iba por el río hacia los indios, buscándolos; guiándolos con su vo-

cerío triste, arrastrándose, alzándose. Se adivinaba entre la indiada que aquel grito de caballo herido se les aplastaba con fiereza en mitad del pecho. No los dejó mientras estuvo ahí, entre las tinieblas, relinchando hacia lo alto, pateando las maderas y clamando siempre, sollozando. El dios de los caballos se quejaba, maravillosamente solo, eternamente herido, en esta noche, en esta tierra, entre un extraño movimiento de hombres aquí, hombres allá, que él no comprendía. Les palpitó largo el aliento a los tres mientras escucharon, pegados al mural-lón de cañas, la larga queja del animal. Ninguno se atrevió a correr hasta la puerta para mirarlo morir y cuando, por fin, calló, pareció que la oscuridad de la noche había caído hasta abajo, otra vez, en la tierra. Se sentían más solos.

—¡Sufren los caballos!

Pasaron otra vez, precisamente, los caballos. Se oyó con claridad que afuera alguien llamaba a Monroy, ¡señor Monroy, señor Monroy, don Alonso! Llamado de angustiosa tranquilidad. Parecía que sólo Alonso de Monroy era capaz de acudir con presteza, solo entre todos, a tapar algún peligro grandioso que se venía encima sobre el oscuro sino de los heridos y de los moribundos. Pasó el claro galopar de un caballo. Trotaba hacia sitios apacibles de fresca sombra. Alonso de Monroy, seguramente. Claro, animoso, liviano, se perdió el galope. Ya estaría el jinete franqueando con su cuerpo y con el del caballo el peligro espantoso y desconocido. Estaban escuchando hacia afuera. Se abrió la puerta. Entró pálido, tranquilo, callado, Alonso de Monroy. Traía barro en las botas, cansancio en la enjuta cara transpirada.

—¡Lo llamaban recién a vuestra merced, señor! —le dijo, mirándolo extrañado, don Rodrigo.

Monroy los quedó mirando. Echó una mirada lenta

al rincón del cuarto. Vio al muerto. Alzó los ojos y miró a los vivos:

—Tenemos más afuera. Heridas pequeñas. Flechas. Se hunden.

Se quedaban callados.

—¿Me llamaban, don Rodrigo? Nada oí. ¿Oyeron vuestras mercedes? Oigan lo que se oye. El indio, nada más que el indio en todo el contorno.

Se quedaron escuchando. Se oía el clamoreo lejano de los indios, el disparo ronco de los arcabuces, el más rápido de los mosquetes, el ruido de agua de la caballería y, otra vez, el clamor de los indios.

Monroy vio el brazo vendado, la cara hinchada, tumefacta de Quiroga.

—¡Ya tiene bastante voacé!

Quiroga no respondió, pero tornó la cara y se quedó mirando al muerto. Los otros también tornaron la cara. Miraron la sangre que escurría por el suelo, bajo las mantas.

—¡Pobre, ése tiene bastante!

—¡Pobre, sí, pobre, sí! ¡Como perros! ¡Y pensar que para eso vinimos, a matar al indio o a que él nos mate! ¿Escuchan vuestras mercedes?

Escucharon el griterío, el disparo de los mosquetes y de los arcabuces, el golpear de las lanzas y espadas, las sordas caídas, otra vez el ruido leve golpeando sobre cosas blandas, gritos que se iban desgarrando, alejándose, sumiéndose entre el humo y la tierra.

—¿Oyeron, señores? ¡Esto es la conquista!

—La verdad, esto es la conquista. ¡La parte terrible, fatal, necesaria, la que tendremos que atravesar muchas veces para llegar al oro y a la gloria! —suspiró Quiroga.

—Es la desgraciada verdad. El conquistador camina senda de muertos. Un largo puente. Y al final, al final estrecho, tanto que ya no puede escapar, lo están esperando

la fortuna o el propio cadáver inútil y viejo —agregó con amargura Monroy.

—Ese es vuestro destino, hijos y compatriotas míos, un horrible y bello destino, pero aquí está con vosotros la religión que no os suelta de las manos y os da juventud y fuerza y aun belleza —dijo el sacerdote.

Se miraban los cuatro, se quedaban escuchando.

—En estas tierras, entre esta clase de gentes, la religión es un lujo, una joya, un perfume, un traje de fiesta que no podemos gastar —agregó Monroy.

—Lujo es también la caridad y por eso estoy yo aquí, para sujetarles la mano cuando se les propase a mis feligreses —se sonrió el viejo.

—Se propasa todo aquí, hasta el modo de morir, don Rodrigo —insistió, porfiado, Monroy.

El sacerdote suspiró profundamente. Al oírlo comprendieron la inutilidad de estar hablando de esas cosas en esos momentos. Era la noche y afuera indios y españoles se estaban matando.

—Vuestras mercedes defienden su brazo que ofende y yo mis manos que perdonan y bendicen. Pero ahora no soy médico de almas, sino de cuerpos. Señor teniente, ¿decís que hay más heridos afuera?

—Por ahí andan botando la sangre en la oscuridad, don Rodrigo.

—Algo hay que hacer para evitarlo, señor, tenemos que recuperar y reparar toda la carne española que nos pueda aprovechar. ¡Qué sabemos lo que después desto nos reserva la tierra!

El silencio se iba y se venía, se arremansaba en las bocas y fluía a suaves borbotones de los oídos somnolientos y extrañados. Sonaba a través de él el lejano ruido de la batalla. Más tarde, dentro de algunos años, si salvaban con vida, ese ruido resonaría dulcemente en la me-

moria, con un candor indefinido, triste y necesario. Ninguno se movía. El sacerdote los miraba resuelto:

—Y aunque no fuera por esa necesidad y conveniencia. La caridad cristiana me manda caminar hacia afuera cuando estoy adentro, siempre hacia afuera, hacia el mundo, a través de los caminos y quebradas —dijo bajando misteriosamente la voz. Alzó la cara de la oscuridad, una cara nueva, ennoblecida, recién hecha—: ¿Me acompañáis, señores? ¿Me acompañáis, señora?

—Yo no lo dejo ir solo, padre —contestó ella—. Vayamos a recoger esos heridos. Estos caballeros no podrán acompañarnos, don Rodrigo. Los arcabuces los están llamando, las flechas a buscarlos vienen.

—Agora somos todos de guerra. Lo mismo en vos, lo mismo en don Rodrigo, lo mismo en los que están muriendo, vendrán a dar las flechas. No salgáis todavía, señora, no salgáis, don Rodrigo. La noche está plantada afuera y las teas iluminan sólo lo necesario para permitir voltear cristianos, pero no dejan tiempo ni luces para recoger heridos o misericordia de los cielos.

Monroy acabó de hablar súbitamente angustiado, como asustado o arrepentido. Los miraba con cansancio.

Se elevaba tranquila la voz del sacerdote:

—Con las manos escarbaremos hasta encontrar al que se desangra. Además, que el que está herido suele quejarse.

—Si salir quiere, más vale que coja la tizona y se la amarre con dos vueltas y corra con nosotros a encontrar al indio. Brazos que disparen a matar nos faltan, manos llenas de odio y ferocidad. ¿Por qué no viene armado hacia nosotros, don Rodrigo? El cielo no le permite otra clase de caridad que no sea ésta ahora. Si nos rodean los indios, que a miles llegan y pueden rodearnos, tendré que usar mi autoridad y ponerle la adarga bajo el brazo, descolgarle a Dios y amarrarle la espada.

Después de decirlo todo, Monroy caminó hacia la puerta. Su cuerpo delgado echaba una sombra estilizada y fantasmal hacia el techo, donde temblaba un poco. La mano de él estaba agarrada a la madera; vuelto de espaldas parecía siniestro.

—El apóstol nos abandonó esta noche y bien sabe él, si nos está mirando, que del su brazo y del de la Virgen del Socorro necesitaremos para desbaratar y quebrar al indio rencoroso —dijo Quiroga y caminó tras Monroy.

—Con el día tendrá más heridos, don Rodrigo. . . , si todavía quedan heridos —murmuró suavemente Monroy y desapareció con Quiroga.

Al salir ellos, una bocanada de ruido se metió por la puerta. Seguían sonando los golpes metálicos de las armas, los disparos de mosquetes y arcabuces, el griterío hormigueante de los naturales. Luego, el silencio lo tapaba todo y tras uno, dos, tres golpes de mosquete, un prolongado chirrido luminoso pasaba atravesando el cielo negro. También voces, voces solitarias que se prendían en lo oscuro y que parecían ser lejanos llamados de indios o quejidos de españoles. Pasaron afuera dos soldados de a pie, caminaban ligero y conversaban, después echaron a correr. Doña Inés y el sacerdote se quedaron escuchando, pero no oían un ruido, sólo el lejano y solemne rumor de la *guazábara*. El viejo mostraba un rostro cansado, ajado, un rostro de enfermo amortiguado por los serenos ojos. Los ojos, incluso, se rasgaban en un leve asomo de risa que caía en cascada casi escandalosa hacia la comisura de los labios que se apretaban en un rictus cómplice y dulzarrón.

—¿Dormía vuestra merced, don Rodrigo, cuando nos cayeron los indios esta noche?

—No, señora. Me quedaba despierto. El reumatismo, en estas frías noches de primavera, me deja oír todavía su crujidera por las piernas. No dormía, despierto es-

taba, cayéndome los pensamientos de la cabeza en las manos. Pensando estaba en don Pedro cuando sonaron afuera del río los indios y oí gritar a un soldado.

Al oírlo, se apagaron los ruidos lejanos de la batalla, sólo quedó eso, la presencia serena del sacerdote, acordándose de don Pedro y sin poder dormir con el dolor a las piernas. Por el ánimo del viejo, que se acordaba del ausente, vinieron arrastrándose los indios. No está, anda lejos, galopando más lejos. Allá, riberas del Cachapoal, lo mismo que aquí, florecen de súbito los indios en el sueño. Aquí, allá, junto a la cinta de los ríos, están resonando los indios contra los cristianos. Pasa, repasa el recuerdo del capitán de los ojos de don Rodrigo a los ojos de doña Inés. Como no vienen ruidos determinados de afuera, el sacerdote mira a la mujer y, cariñoso e íntimo, le pregunta:

—Y vos, ¿qué hacíais?

Sola. Sola. Sola. Eso hacía. ¿Por qué me lo preguntáis? El capitán no está. Se fue lejos. En la noche se fue. En la noche no se puede mirar hacia dónde se va la gente. Se fue. Tenía ganas de irse. Vino el rumor del indio y se fue galopando tras él, oliendo con rabia el rumor. Odios tiene él, don Rodrigo. Siento que tiene odios contra el indio y contra el español. Ganas de matar, de poder tener mucho derecho para matar se le agarran a las manos. A las dos manos, don Rodrigo. Los odia a todos, no me quiere a mí tampoco, no me mire como a su amor, le sirvo solamente, me guarda en veces una simpatía, como quiere el agua el sediento, que después la mea. Está aburrido, se fue porque está aburrido, de todos está haziado y cansado. Don Rodrigo, él es su amigo y a vuestra merced de verdad lo quiere. Sin embargo, a veces el capitán lo mira con ojos de odio, le grita con tal violencia que pienso que también quiere ahorcar al sacerdote, con la cruz y el hábito, ahorcarlos a los tres. A todos los odia, a nadie quiere, odia esta tierra, odia al español, odia la hor-

ca, está cansado. Nadie le quitará este cansancio. Tendrían que raspárselo con la carne de encima de los huesos. Está lejos, se fue, me quedé sola. ¿No me ve? Estoy sola. Los sacerdotes debieran poder mirar por adentro. Una descansaría. Míreme los ojos adentro. Vea, padre, estoy completamente sola. Altiva y sola. El capitán no está. Se fue. Desde el Pirú vino yéndose, desde el Pirú estaba cansado. Sólo en el desierto, cuando lo atravesábamos, el abandono, la oscuridad, la noche llena de rumores y de sospechas, nos acercaban un poco, parecían acercarnos. En el desierto, yo no estaba sola, don Rodrigo, si vuestra merced me hubiera mirado los ojos, habría visto al capitán, pequeñito y verde, ahí dentro. Pero el desierto era el desierto, todo lo transformaba. Teníamos sed. Veíamos a lo lejos relucir cierta agua y cuando nos acercábamos era el cadáver de una llama relumbrando al sol. Así era todo. Así es todo aquí. Esto es el desierto, don Rodrigo. Vuestra merced es el desierto, el capitán es el desierto. Allá afuera están los indios apretando su rabia contra nos. Los indios son el desierto. Nosotros les desolamos el desierto. Por eso caen en la noche y matan. ¿Por qué me lo pregunta? Despierta estaba. Estaba acordándome. No se sentían ruidos en la tierra, sólo una brisa de viento, nada más que una poquita de agua sonando en el río, la demás corría dormida. Estaba sola y pensando. Sola. Porque el capitán no está. Se fue al sur, hacia el otro indio. Me quedé sola. Ya no vuelve, nunca vuelve del todo. El ya jamás tornará completo. El ánimo se le queda vuelta hacia los indios, duerme vuelto hacia ellos. Está cansado. Por eso, cuando se cansa, coge el caballo, trepa en él y se va hacia la tierra. Cuando está aquí, si no lo veo callado, está furioso, está alegre, demasiado alegre, hablando de sus campañas de Flandes, de Italia, embriagándose con ellas y, por recordarlas, sale a batir de indios los alrededores. No tiene más alternativa mi soledad, don Rodrigo. A mí

nunca me miraron largamente los ojos del capitán. Siempre se le volaba la mirada hacia los conquistadores o hacia las provisiones que estaban escaseando. Jamás me cogieron bien sus dos brazos, porque siempre del uno se le colgaba la espada. A medida que adelanta en la conquista, el capitán se va alejando de mi vida. Empiezo a dar unos pasos a su alrededor para atreverme a decirle algo. Justo, se hacen presentes los españoles que conspiran o los indios que se alzan y él se va. Sola estaba. No podía dormir. De susurros estaba hecha la noche. Despierta en medio de la noche como en una inmensa cama. Al otro lado, lejos, caminando sobre el caballo dormido, galopando en mis sueños, iba el capitán. Desde la cuja lo veía, muy lejos, al otro extremo desta misma noche negra. Lo quiero, don Rodrigo, que Dios me perdone. Lo quiero, pero él galopa muy ligero para que yo pueda decírselo. Ya no se lo podré decir, él está en la conquista y, de repente, de vez en vez, tal que el indio, surjo yo en la vida del capitán, como un estorbo peligroso que hay que aplastar. No, no está, don Rodrigo. ¿Por qué me lo preguntó? No está él, se fue trotando hacia el Cachapoal. Cinco días hace que partió con escolta. Lo veremos volver resucitado sobre el caballo, pero ahora él no está y porque no está yo me quedaba despierta esta noche. ¿Por qué me lo preguntó? Estaba sola en la cuja, él no estaba, completamente lejos estaba, todo su cuerpo. Su pecho no me pertenece, es de la corona, lo necesita para ganar la tierra, para fundar ciudades, su corazón lo necesita para el odio contra el indio y el español. Lo quiero, él se va. No vino a quererme a la tierra, sino a someter al natural, a conquistar un mundo. Queriéndolo, me siento herida, como si él hubiera organizado expedición para venir a acostarse conmigo en esta tierra. ¿Por qué me lo preguntáis? El no estaba aquí esta noche. ¿Qué queréis que hiciera? Se aburren de rezer inútilmente los labios, se quedan suspirando. ¿Qué

queréis que hiciera? El no estaba. Despierta y sola me encontraba, acostada en el desierto.

La queda mirando el sacerdote. Hace rato la contempla. Ella lo mira con toda la cara, encendida de rubor:

—Durmiendo estaba como una bendita, don Rodrigo, cuando chivateó en mi sueño el indio. Y me levanté en el acto para ser necesaria.

Se quedan mirando largo rato. ¿Tenía canas ya don Rodrigo cuando nos vinimos del Pirú? Suena afuera la batalla, lejana siempre, como tamizada, pero revientan otros ruidos más claros. Con qué nitidez se oyó el asustado cacareo de las gallinas en el corral. Cantó un gallo. Debe de estar amaneciendo. Doña Inés se acerca al muerto, levanta una punta de la manta, queda, mirando. Desde el otro lado del cuarto el viejo la mira hacer y pregunta despaciosamente:

—¿Joven?

—Sí, muy joven —contesta ella con una voz lejana y pensativa y con sumo cuidado tapa con ambas manos la cara del cadáver.



CUANDO SALIERON del cuarto Monroy y Quiroga, caminaron rápido en dirección a la batalla. Era todavía la noche, pero ya corría el fresco viento que anunciaba el amanecer. Las teas encendidas allá lejos, donde se distinguía la multitud de indios de guerra, agitadas en el viento, parecían echar sobre el campo español resplandores de agradable frialdad.

—¡Calor tendremos este día!

—Fiebre tenemos ya. Mire allá vuestra merced. Toda la indiada está sobre nos. Decenas de miles son y Aguirre dice que son millones.

—Ponderativo siempre Aguirre. Por muchas veces que cuente él su valentía, por mucho que lo contemos y recontemos sus amigos, los indios son numerosos y nosotros, aun con el ayuda de Dios, poquísimos somos.

—De seguro vendrá el día a mostrarnos indios escondidos hasta en las verijas de los caballos. ¡De las nubes los mirará caer para su regocijo y gloria don Francisco de Aguirre!

—Se muerde el aire con ferocidad cuando divisa a un indio. Dice que le ofenden el aire y que cuando abandone esta tierra de sabandijas, se llevará unas cuantas docenas atados con cadena para irlos matando por el ca-

mino y que le alivien la rabia y la congoja y le entreten- gan y maten el viaje.

—Ansí es él. Ya lo veremos peleando con los indios más sanguinarios sin querer el ayuda de ninguno, y si alguno quiere ayudarlo, camorra le buscará. Si lo hieren, las heridas más grandes y complicadas tendrán que ser las suyas.

Lentas caían las flechas a sus pies, y por el aire, que se iba destiñendo y adelgazando, bajaban las teas dejando un chisperío y una prolongada humareda. En el suelo, las pezuñas de los caballos, que relinchaban oteándolas, las ahogaban con terror. Mientras caminan, van dando tropezones contra el humo, que es espeso y acre y rueda lento, endurecido. Los españoles, que luchan hace dos horas, están transpirando y se les caen, ya, enredados en el exceso de la fatiga, los brazos enfundados en hierro. Miran por mirar hacia el cielo, como si aguardaran algún socorro, una luz, alguna salida. El cielo se va destiñendo, pero con enorme lentitud, también está fatigado, extenuado, tiene sueño. Las flechas caen, caen, siguen cayendo. El español, arrancado a la fuerza del lecho, movía los brazos despaciosamente, manejando la alabarda, acercando la idea del sueño a la voluntad cierta de tener que seguir despierto en la noche, hiriendo, disparando, esquivando con agilidad su sueño, su cansancio, su cierta derrota. Lejos, el indio lento, pero poderoso, alzaba con su inmensa fuerza el *chivateo* y enviaba con la constancia de la primera hora sus flechas, como en un infatigable juego. Mas no era un juego, las teas mantenían bien abiertos los ojos de los naturales, que, cada vez que una luz esparcía su chisperío, agitaban furiosos o entusiasmados las cabezas e inundaban de flechas las calles solas. Pero mire vuestra merced, ¡qué furioso parece el cura Lobo! ¿Qué le hicieron? ¿Qué insulto le dijeron que se encendió su delgada hombría bajo la humilde sotana, caminó

y encontró una tizona y corriendo vino para vengarse de alguno? Magro cuerpo, seca cara la del cura. ¿Quién ofendió a este joven hidalgo pobre de sotana? Ciego viene, ciego pasa el cura Lobo, mostrando unos dientes fríos, albos, sin sangre. En verdad, no parece sacerdote. Tiene el aspecto de un soldado enteco, que, despertado brusco hacia el erizado amanecer indiano, tanteando rabioso en la noche para buscar sus vestidos, no encontró las calzas ni el jubón ni la camisa con bordados de holanda, ni las medias de leche cruda y, maldiciendo a todo grito, verde de rabia y sudando helado, pegó el agarrón a la sotana de un cura segundón caído bocabajo en el bobo sueño. Lo miraron con estupor, tapándoles el guantelete las bocas asombradas. ¿No se habrá emborrachado el pobrecito pusilánime para criar coraje? Retrasó la mano sobre el arcabuz Monroy y se le fueron los ojos espantados y melancólicos tras el cura. ¿Ha mirado voacé, señor Quiroga? Si ha mirado ha visto. El cura arremete dentro de su sotana contra los indios, se sube en ella para parecer más grande y más potente, la usa de coraza y presbiterio el desesperado. Cristo lo protege y desclava su mano para ayudarle a sujetar la tizona o para atajar al indio. ¡Válame Dios, hombres así se mueren luego, pero valen por diez Aguirres! Entre nos, ¿de qué nos serviría una bendición? ¡Héroes y bandoleros, maldiciones árabes y una espada más es lo que queremos!

El cura Lobo se había alejado bastante de ellos. Caminaba escrutando la penumbra, como si buscara algo que se le hubiera perdido y escarbaba en el suelo, barriéndolo con la espada para hallarlo, y de repente, tal si se asustara súbito, arremetió furioso contra los indios más próximos. Peleando estaba, un poco afligido y agachado, deshaciéndose en medio de un grupo de ellos. Encendida con suavidad y humildad la flaca cara, duros los ojos aterrozados o furiosos, despeinada la delgada cabellera estu-

diantil, alzaba con temor la espada en su mano. De repente parecía que iba a largar muy compungido unos latines, extrayendo un racimo de hostias de la manga, mientras oteaban sus ojos viciosos y contritos y les hacía quites elegantes, coquetos y agitanados a las flechas y a las *huaracas* que desde la oscuridad lanzaban los naturales. Estaba ya demasiado cerca para que su cuerpecito pudiera esquivar los pesados macanazos y las largas puntadas de las picas que salían de las tinieblas para buscarlo o para darlo vuelta y que se asara en las brasas por el otro lado. Monroy divisó el peligro que amenazaba al cura, estaba casi solo y rodeado de indios, bailando al medio con cara afligida que quería ser risueña. ¡Portentoso, maravilloso cura, qué hombre enredado en una sotana inútil! ¡No lo dejen solo, lo van a acribillar esos pícaros! No, no lo matan, salieron a defenderlo varios españoles, entre ellos uno grandazo y rubio que iba empujando espaldas con una mano y con la otra picaneaba el cielo con la espada. Era Aguirre. Un ancho odio entusiasmado lo llevaba hacia el cura. A golpes de hombro y socorrido por la tizona se fue abriendo camino para meterse a su lado. Sableó alegre a un indio, empujó con desprecio a dos cristianos, se arrimó a un caballo para resbalar a su lado y ya estaba junto al cura, respirando fuerte. Con una mano de gigante le echó un remezón de júbilo por la espalda, que casi se la quiebra. Se reía ya a carcajadas cuando una *huaraca* vino lenta volteando por el aire, le echó una ojeada recelosa Aguirre, le sacó la ancha espalda al peligro y se puso a pelear junto al cura, mirándolo para abajo, abrazándolo por la cintura, meneando con firmeza el brazo, hundiéndolo hasta muy adentro, hasta donde sonaban gritos y quejidos.

—¡Hermoso valor, señor cura! ¡Vuestra merced parece ahora un día de fiesta pagana, aunque estos desgraciados nos echan sangre en el calendario!

En el minuto siguiente respiraba él con grande angustia:

—¡A ver si puede vuestra merced un poco, señor cura!

¿Qué podía hacer el cura Lobo si no era extrañarse por no tener ya a su lado al gran Aguirre? Miroteaba el suelo para buscarlo por si lo hallaba herido o disuelto, pero lo sintió resollar cerca, como aplastado. ¡Señor cura, señor cura! ¿Qué podía hacer el cura Lobo? Se quedó mirando y pensando. Cuando rodó por los suelos el cuchillo de Aguirre, corrió y lo cogió, lo mantuvo en la mano, que temblaba. Miró a los que luchaban. ¿Quién podía desma-dejar ese ñudo? Ni nuestro señor Jesucristo se atrevería a tirarle una puñalada al indio sin salpicar con un tajo alguna carne del Aguirre. Por eso no podía hacer gran cosa el cura Lobo, que el valiente señor de Aguirre lo dispensara. Se acercó como pudo, para ayudar con la cercanía, cogió un pie del indio, que se escurría por el suelo, lo apretó con solicitud y simpatía, como si fuera a pulirlo, sintiendo un susto, un leve susto endemoniado y no previsto y sintiendo, al mismo tiempo, cierto asco, cierto disgusto de todo esto, no sólo del indio, de este pobre pie que voy a matar, Dios mío, y asustado, completamente asustado, le pegó un tajo profundo, nervioso y desprevenido, más por ayudar al don Francisco que por fastidiar al pobre indio. El indio se hizo más furioso en sus meneos, después más lento y hablaba cosas tranquilas, insultos muy acomodados. Se quedó, por fin, quieto.

Aguirre se paró tambaleando. El indio, caído a sus pies, se erguía un poco, quiso coger otra vez la macana, que rodó con ellos, enredándolos. Aguirre cogió la daga que le pasaba Lobo, miró con terror al indio, le temblaba la barba, en la cual había sangre. El cuchillo se le cayó de la mano. El indio había, por fin, cogido la macana, la abrazaba, la volteó débil sobre su propia cabeza, como si

quisiera ponérsela de adorno para significar que no estaba tan herido, ni pesaroso, ni derrotado, pero cayó el arma al suelo, junto con la mano, cuyos dedos se abrieron.

Corrieron el cura y Aguirre y mientras corrían se hicieron a un lado. Un caballo sin jinete venía, empenachado de llamas, por medio del campo, galopando en dirección a ellos. Se quedaron espantados mirándolo. El animal portaba quemándose la silla que se desflecaba y el fuego había prendido ya en las crines del pescuezo y en la cola. Era una sola llamarada de angustia la que cabalgaba sobre el animal y pugnaba por cogerse de las riendas. Volaba sobre la tierra y el viento de la madrugada le azuzaba el fuego, se le abrían inmensos los ojos desorbitados y goterones ardientes le caían de los párpados y las narices. Pasó resoplando y relinchando junto a los dos españoles, les echó una bocanada de calor, pasó junto al indio que se moría, sin tocarlo siquiera, pasó, partiéndolo, sobre el grupo de indios que perseguía a los dos hombres y se alejaba hacia el grueso del ejército indígena. Se hundió en eso, acalló el *chivateo* que resonaba, volteó algunas picas, aplastó unas teas, aplastó, quemándolos, los gritos de los naturales atropellados, y cuando Lobo y Aguirre, respirando con ansias, lo miraron, vieron que el caballo, enloquecido de dolor, envuelto todo él en un gran manto escarlata, se hundía en el horizonte de la madrugada, relinchando. Pasó sobre unas lomas peladas que a lo lejos iluminaron toda su falda y luego ya no fue sino un trozo de viento que galopaba. Sus relinchos de dolor sonaban ahora como un lejano grito de dulce llamada. Cuando desapareció, corrieron otra vez los dos hombres porque los pies les tiraban el miedo para huir dignamente de todo aquello.

—Corramos, aunque esté cansada vuestra merced —dijo el cura, enjugando unas gotas de sangre que le caían del pelo junto con la transpiración.

Aguirre lo miró para abajo con toda la tranquilidad que le permitía su ánimo desaliñado y confuso. Se sentía lleno de desaliento y burla, un poco enfermo.

—¡Corramos por vuestra merced, señor cura! —le gritó, tornando a correr primero.

—Le agradezco que por mí se canse —contestó Lobo, deteniéndose y sacando una fea sonrisa—, pero, ¿sabe, señor?, el breviario no me deja correr, me golpea desde la madrugada en las calzas.

Se arremangó la sotana y vio que todo el ruedo de ella estaba manchado de sangre y embarrado y, hurgueándose la barriga, sacó de las calzas un librito. Lo esgrimó con cansancio y cierta aliviada tristeza.

—Me molestaba el tunante, me daba urgentes golpes en el muslo cuando peleaba con los indios badulaques. Me golpeaba así, tac, tac, tac, como si me estuviera recordando algo que hubiera olvidado. Pero la verdad, señor, nada se me olvidó. ¿Quiere que le lea un versículo, don Francisco, para que descanse voacé a la sombra de un proverbio con filosofía?

El cura Lobo miraba a Aguirre con una sonrisilla de miedo, de complicidad y de cansancio. Estaba esgrimendo el librito y se acercaba a él para confesarlo y conocer todas sus truhanerías y fornicaciones.

—*Un poco de sueño, cabeceando otro poco, poniendo mano sobre mano otro poco para dormir. Así vendrá como caminante tu necesidad y tu pobreza como hombre de escudo. Versículo 33 del capítulo 24 de los Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel...*, ja, ja, ja... ¿No es milagroso, señor amigo? ¡Si fue escrito para nos esto ahora! ¿O preferís el versículo 29 del capítulo 23? Escuchad: *¿Para quién será el ay? ¿para quién el ay? ¿para las rencillas? ¿para quién las quejas? ¿para quién las heridas en balde? ¿para quién lo amoratado*

de los ojos?... ¡Ah, señor, esto es triste y desolado, aquel gran rey putaño tenía mucha razón!... ¿O no?

Aguirre lo miraba con rabia y no le contestó, comenzó a caminar pausadamente, rumiando su inquina, y se sentía, además, apesadumbrado, lleno de vergüenza. ¡Se volvía cura otra vez el cura! Caminaron apurados en dirección de las casas. Sonaba tras ellos, retardado, el golpe sordo de arcabuces y mosquetes. Cuando se acercaban al rancharío el sol prendió en las nubes. Era un sol desagradable, de un sucio amarillento, impregnado de debilidad y de feos presagios. El cura y el soldado se miraron.

—¡Qué trasnochados estamos! ¡Parece que venimos de mujeres! ¿Para quién el ay? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién lo amoratado de los ojos?

—De los ojos... —el cura suspiró—, de mujeres...

Pensaba en Salomón, hijo de David, rey de Israel... ¡Ay, señor Dios, qué hombre tan amargo! Le exprimieron todo su amargor las mujeres y esa miel ensangrentada que llaman amor.

El cura se sentía triste. Llegaban ruidos de carreras, gritos de jinetes, relinchos de caballos, sonajera de armas golpeándose contra las murallas antiguas, reinos de esplendor en los que se habían callado las risas y el júbilo, y también el llanto, hacía miles de años. Comprendía que ésa era también una tierra vieja, traspasada por lamentos y lágrimas e injusticias desde mucho antes que ellos trajeran un poco de odio y ambición para matar estos cuerpos desnudos, estas almas inermes. Vieron muchos soldados de a pie, ahora asustados y acosados, prontos a sollozar o a fugarse; un murmullo miedoso flotaba sobre ellos, los envolvía suave y amenazadoramente. Marchaba en silencio, procurando contener ese poco de silencio, ese poco de vida. Parecían más numerosos. Alguien, lejos, enterrado, se quejaba.

—¡Vive Dios! ¿Qué pasa, don Alonso?

Alonso de Monroy, de pie, empaquetado por el humo, les contesta con voz tirante y fría:

—¡Nos rodean los indios! Atravesaron el río, alcanzaron las primeras casas, están incendiando los ranchos.

Se fueron de ahí, golpeándoles el pavor en el pecho. Caminaban rápidos hacia las calles del centro de la ciudad. Miroteaban con inquietud al aproximarse a cada bocacalle. De cualquier parte podía surgir ahora la india, de cualquier paredón traicionero se podía derrumbar una nubarrada de flechas.

—¡Indios del carajo! ¡Me están cosquilleando los pies para correr a degollarlos a todos! —se quejó Aguirre.

—¡Venimos huyendo dellos! —dijo con lenta ironía a su lado el cura Lobo. Y asustándose de repente, lo cogió del brazo—: ¡Si no corremos, nos comerán realmente, Dios santo!

Corrieron y vieron que las primeras casas estaban ardiendo. Pegados a las murallas caminaron. El incendio les enviaba tufaradas de calor, pelotas de humo que pasaban rozando las paredes, metiéndoseles por las piernas, como perros. Apretados a los muros, tactándolos como ciegos, avanzaban, agachados, temblorosos, listas las manos en el fierro de los mosquetes, miroteando con desconfianza las espadas sueltas. Llegaron a una esquina. Aquí vivía Chinchilla. ¿Quién? ¡Ah, pobre Chinchilla! ¡Se libró de los indios! ¿Dónde estará el capitán? Oliendo andaban sus narices. Callado y maligno se marchó. Desatadas las piernas, estará devorando un ronquido mientras nosotros estamos despiertos para él. ¡En el interior de una india de *guara* estará echando un sueñecito! Oyeron repetidos disparos. Escucharon el *chivateo* de los indios. ¿Los indios? ¿Pero se nos volcó la tierra? ¿No veníamos huyendo dellos y están frente a nos ahora? Algo así anduvi-

mos planeando, se nos cansaron las piernas, mirábamos los muslos repletos de una india y al capitán incrustado y bien dormido entre ellos. Pasaban flechas por arriba de las casas, pasaban altas, no los buscaban a ellos. Echaron a correr. Pasaron junto a un cadáver español, medio desnudo, vaciada la armadura a su lado, junto a la espada, que no tenía sangre. Un perro corrió hacia ellos, ladrando afligido, les exasperó las piernas. Se toparon con unos yanaconas que huían en dirección contraria. ¡Se fugan estos traidores! A medida que corrían más cercano sentían el calor del incendio, más se espesaba el humo, rodaba volandero y libre por las calles solas. Doblaron una esquina y vieron que todo un costado de la calle estaba en llamas.

Al final de la calle, clavados en la misma esquina, estaban los arcabuceros y mosqueteros disparando. Los fogonazos iluminaban el humo, que rodaba pesadamente, como si fuera humo de piedra. Estaban los caballos listos para partir, sudados, nerviosos y espantadizos. Los vieron arrancar en un griterío. Se oyeron el choque y el grito. Se escuchó la voz de Villagra dando órdenes. ¡Los mosqueteros... los arcabuceros... los piqueros... listos también! Una tranquila voz. Parecía que estaba contando cuanto alimento le quedaba al indio. ¡Cuando disparen las flechas, avancen otra vez los caballos! ¡Los indios no tienen caballos! Dispararon con pesadez los mosquetes, tras ellos lanzaron un espumarajo sanguinolento los arcabuces. Se oyó el galope de los caballos, el *chivateo* de los indios, y cuando todos los ojos se alzaron para mirar en el cielo una grandiosa nubarrada de flechas, se escuchó también el extraño ruido de dientes que hacía el incendio al alcanzar una casa hasta entonces intacta. A cada disparo que hacían los españoles se abría, se alzaba y extendía un clamoreo en el ejército de los naturales, sonaba herido el *chivateo*, pero el grito iba tapando el boque-

rón y, cobrando salud súbita, despedía un golpe de flechas hacia el campo de los cristianos. Avanzaron resueltos y ya no se detuvieron, hasta que formaron un espantoso silencio, un silencio preñado de ruidos, de suspiros, de respiraciones anhelantes, de ojos, de muchos ojos, las lanzas españolas con las picas indias. Donde cruzaba relampagueando la oscuridad una tizona le salía al encuentro un hacha de piedra, pesada y solemne, casi triste. La veían venir lentamente. Lentamente se deshacían las patas del caballo, bocabajo se desmontaba el jinete y todavía no comenzaba a tomar su derecha, oliendo la limpia y prometedora y lejana humedad de la tierra, cuando ya desde el suelo embarrado, sentado en él, estaba disparando. Tras ellos a pesar del calor sofocante, los españoles sienten el resguardo de los arcabuces y de los mosquetes que siguen demoliendo con paciencia, con inútil paciencia, las filas traseras de los indios. La sed les rompe la lengua, les agujerea la garganta, sólo sangre tienen a su alcance, sólo el sudor se descuelga por la frente hasta los labios. Cuando las macanas golpean las forradas testas, suena claramente el metal y queda vibrando dentro el golpe, como en una osamenta seca, atontando de calor y angustia la memoria, el recuerdo, los buenos propósitos y altos signos de una expedición victoriosa, dónde estamos, Dios mío, donde estamos no nos dejes solos, estamos inermes, desnudos, indefensos, no somos malos. Adormecidos y angustiados se mueven y entre el metal que los protege y los asfixia, el indio es un agua tumultuosa, pintarrajeada de frutas y licores, que se escurre hacia regiones frescas, apartadas y tranquilas. Miran caer hojas azules, rojas, amarillentas, hojas otoñales, radiantes, un poco perfumadas. Mirándolas con estupor, ansiosos de vivir mirando el sol de ellas, sienten la sangre y el sudor correr por sus brazos y pescuezos, copiosamente. Mientras el español necesitó un largo minuto de fiebre para lanzar una cuchillada débil, desan-

grada, el indio volteó sesenta veces la *huaraca* y por el rápido aire la envió. El indio se mueve, grita, se mueve, impreca, amenaza y bailotea, cada dedo de su mano dispara millares de flechas en un minuto. Los ojos de los españoles miran tranquilos casi, se sienten buenos y desamparados, la armadura no los deja, los amarra, les hace pesados los pies, les mete calor y amenaza en el vientre, los hunde en la tierra, no los suelta, se hunde con ellos, el sueño se les introduce en la carne y se las alza, mientras lentos meten la espada donde hay carne india bailando. La rapidez del indio, el griterío eterno de los que pelean, las flechas interminables que producen cansancio en los ojos y en las gargantas, todo, paciente-mente, fatalmente, los va sofocando, atenazando. ¿Cuándo terminará el indio? ¡Jamás! Está toda la tierra sobre nos. Pocos somos, pocos y flacos de fatigas, enfermos, heridos y desangrados, se nos van muriendo las fuerzas y se nos caen las espadas y los brazos, se nos cae el cansancio. El sol apareció de intento para enrabiarnos más, subió súbito de golpe para mirar cómo nos derretíamos y sortea con odio las nubes que lo pelotean, con odio comenzó a quemarlas apresurado y minucioso y sólo unas flecaduras desagradables y ardientes corren ahora por la orilla del cielo, un cielo sucio, manchado, lleno de sangre y de barro y de ropas rotas, porque el sol se tornó enorme y desnudo, como hinchado, alumbrando con regocijo y con cierta ferroz certeza cuando lanza sus aullidos el indio. Son numerosos los indios, hasta de los árboles se descuelgan vociferando, los canelos de la orilla se entreabren y crujen y envían perfumes débiles, hirientes, cuando un grupo de indios desgaja sus ramas lentamente y cae sobre elanca de los caballos, alzando las hachas y mostrando unos dientes enormes y sorprendidos. Surgen contentos, frescos, resueltos, durmieron todo el día bajo los árboles, pegados al viento de las nieves roncaron toda la jornada,

despertaron felices en mitad de la noche y caminaron sigilosos, desperezándose con holgura sobre la hierba. Son ahora más grandes y más robustos. La tierra cultivó indios este invierno, maduró *hueños* apresuradamente para tener vigorosas *cajis* de guerreros fibrosos y vegetales. Brotaban legiones de indios de una luna a otra luna, el *ambi* iba a regar las sementeras, sollozaba junto a ellas y echaba después sus lamentos hacia el norte, hacia el sur de la tierra, los dejaba resonando en las hondonadas de la cordillera, los disparaba por el río hacia el mar. Nos matarán, esperan que no libremos, están seguros de ello, nos sacarán toda la sangre, llenarán las vasijas, las que no alcanzamos a lacearles, y romperles el *ambi* precisa sangre para regar sus *cajis* y sus *chácaras* nuevas, está sentado en la tierra, fumando y sollozando, esperando que sus guerreros llenen todas las vasijas. No libremos, saben que no libremos, nos tienen cogidos por la cintura con el cinturón del incendio. El indio y el sol nos tienen ya cogidos. ¡La lluvia no estuvo por nosotros! ¡El viento está por ellos! El viento multiplica mil veces las llamas y les manda hacia las frentes nuevas renovadas brisas de incendio. El río, blanco y fresco en el medio, rojo y ardiente en las orillas, no trae agua para nosotros, nuestra sed sólo posee tragos de calor y en cuanto dejamos de disparar sentimos la clara agua del río que pasa riendo más abajo. Ella no tiene calor ni sed, va contenta para que se alegre el indio y se lleva alborozada y bulliciosa unas gorras, unos cinturones, unas botas relucientes y flamantes, el casaquín de un infante, ropas para vestir a sus muertos. Sed y calor son nuestros hermanos ahora, los que más cerca de nuestra maldición se encuentran. Esta sangre espesa que se nos pega en la suela de los borceguíes no es sangre del indio sino nuestra, estamos rotos, nos estamos deshaciendo, despedazando lentamente. El indio nos envía heridas con sus flechas, las flechas vienen a bus-

car las heridas que en nuestros cuerpos les aguardan, las destapan, las encuentran siempre, estamos cansados, tenemos sueño, mucho sueño, ¿hasta cuándo disparamos, señor? Teniente, teniente, don Alonso, no dé más órdenes vuestra merced. No grite más, por Cristo nuestro Señor, no nos amenace, señor, estamos locos de disparar, tenemos sed, una espantosa interminable sed, el calor nos traspasa la lengua. Los indios siguen creciendo, creció la sed del español mirando agigantarse al indio, el indio subía gritando fuerte hacia el cielo, insultando al español como nunca. No se cansan, no disminuyen, se están renovando con infinita y visible paciencia, sobre sus muertos se suben, los empujan hacia la sombra, resbalan en la sangre, meten los pies en las heridas, gritan sollozando, enojándose, suben más arriba, vuelan en lo alto las flechas contra un cielo puro, se hace inmenso el indio bajo el inmenso cielo, junto a las nubes ardientes está gritando su *chivateo*, clamando al sol, llamándolo, cuánto calor les lanzan a los españoles, cuánta lengua larga crecida de las bocas secas, lenguas para morir ahorcados en ellas. Es malo el español, cuando no asesina al indio, al español mata, aquí está el indio, mátelo, si puede, el español. No, no puede, calor indio hay en los caballos, que están ardiendo, y también en las espadas, que se están derritiendo al sol. Pasan quemándose las lengüetadas del viento, soplan con dulzura sobre los desfallecidos españoles trozos de puro fuego y el agua del río echa humo como si hubiera comenzado a hervir. Se quema arriba el sol apresuradamente, en un hervor rojizo y redondo, y rueda ardiendo entre llamas para quemar las pocas nubes que van apareciendo, para descender fatal y recto hacia la tierra y asar vivos, en las asaderas de las armaduras, a los infelices cristianos. Torpes y lentas manotadas ciegas dan en el aire las larguísimas espadas, las interminables tizonas. Han crecido las adargas en mitad del calor hasta parecer

enormes, desde la sanguinolenta y desamparada mano del cristiano hasta las cercanías del sol, lejos, en el incendio, entre la tierra, donde un indio ensartado bailotea en el extremo de una espada. Así, moviéndose con fatiga, tapados con los trajes de metal, sólo para tener más calor, cogidos de las lanzas para no caer al suelo o subidos en los caballos que comienzan a echar humo y llamas bajo los árboles, frente al río, lleno de escombros y sangre, los españoles se están quemando. Hasta los caballos transpiran de calor y con él los queman, ya no relinchan ni miran. No son sólo las llamas del incendio, ni los relumbrones rojizos del río, son también el humo y las chispas que revientan en manojos ardientes. El humo azul y negro se mete por las junturas de la armadura y acre y cruel es el humo, con un espantoso sabor a adobes húmedos y a cadáver. En la cima de todo este hacinamiento de españoles vivos y muertos, de indios rajados y *huainas* que arden en el pecho y la testa, mientras llamea gozosamente el río y el sol, envuelto en humo, enrojece más y se oscurece, sobre las casas que se derrumban y braman como desesperadas, reventadas de llamas y explosiones, está creciendo el indio. Sólo su potente y alto grito, solemne y siniestro y tranquilo, coloca brasas de calor, pequeñas y terribles, en la fiebre del cristiano. Sólo calor de indios, del viento en llamas, del río hirviendo a borbotones. El sol está abierto en el cielo sólo para ellos, los solitarios, los tristes abandonados. No hay nubes, el sol se las comía. Fuego y sed para el español. Que se derritan las adargas en la mano y que el caballo se incendie de repente entre las piernas, que las llamas de los mosquetes se introduzcan en las heridas de ese español de rostro adolescente que se arrastra para morirse, sollozando sobre la ardiente tierra. No parán de disparar los indios, siguen creciendo sobre los caballos muertos y los que están muriendo, sobre los indios que se quedaron quietos en posiciones ex-

trañas para fatigar a los cristianos que los miran. Los caballos no relinchan sino para cansar más lo que pueda cansarse, se abren los hocicos de los caballos, solos se abren y, parados en el calor, vueltos hacia los indios numerosos, echan una relinchada muda. Para quemarlos, no más, escupen su llamarada débil los arcabuces y cuando por fin sale el humo que se atascaba tosiendo, corre el sudor bajo los jubones y se sienten abandonados.

Ahí mismo, cerca de Alonso de Monroy, un indio resbaló hacia un soldado que estaba solo, delgado y pensativo, enfermándose, alzó y bajó el hacha en medio del silencio y cuando tras ella salió la sangre, parecía agua que, en el calor inmenso, se había calentado un poco más. Los indios seguían acumulándose, creciendo sobre el griterío, en lo alto del cielo se elevaban las picas sobre la montaña enorme de indios, tan derechas las picas, tan derechas que mirarlas producía calor y cansancio. Caían por el suelo gruesos atados de tierra, ramas de árbol, raíces agradables y húmedas, volaban ligeras las flechas en el calor, en este calor terrible los españoles no podrían volar, por eso se doblan de cansancio, se doblan heridos en el vientre, agujereados en la espalda. Viene en seguida el alivio corto y frío, la fatiga y a través de ella se divisa que los indios siguen disparando. Cuando un caballo se desmorona de puro calor y cansancio, lo quedan mirando. Se murió un caballo. ¡Se murió! ¿Y la sangre? ¡No salió la sangre! Se quema también la sangre, corre por adentro del español, silenciosamente, con terror, está fatigada y asustada, la quieren matar. Pero el español no se apura, hecho de recuerdos se mueve, y de esperanzas, esperanzas llenas de humo, pesados se le tornan los pies y dispara lento hacia los indios que crecen, agazapándose en el cielo y desde él dejan caer silenciosas las flechas.

Se levantó una humareda y sonó un largo estampido. Se derrumbaban los ranchos incendiados. Todo un costado

de la calle dejó caer sus escombros sobre la humareda. Entre ellos surgió cacareando asustada y enojada una gallina. Gritaron arriba gritos de triunfo los indios, chillaron largamente y aquí abajo, a todo lo largo de la calle, quedaron ardiendo las casas de los españoles. A dos pasos de ellos un colchón ardía apresuradamente, quemando sueños, vergüenzas, desvelos, extravíos, y de un borceguí reluciente florecía una llamarada. Con qué alegría se clavaron en todo eso las flechas y los gritos. Como el incendio les despejaba la tierra, el grupo de los naturales despedazó su griterío y corrieron allá abajo, pequeños y ágiles, tendiendo los arcos, en un gesto robusto y deportivo, apretándose al rancherío. Se estremecieron los cristianos y despertando con el miedo del sopor cogieron a arcabuzos las piernas y los vientres de la indiada. Los indios, instalados ya en las ruinas, entre el último humo arrastrados, doblados sobre una pierna sola, para entregar menos blanco, estaban disparando. Alzaban hacia ellos sus bellos cansados los caballos, desdibujados, entretejidos en el humo, un humo persistente que se ponía azul y negro y reventaba lleno de chispas, como una fruta. Relinchaban aterrorizados, se rompían en las patas, quedaban echados, respirando, manando sangre la lengua, una lengua enorme, como pescado. Mirando el humo respiraban animosamente. ¡Ya se fue el incendio! ¡Ave María Purísima, váleme Dios! ¡Si está al otro lado de la calle! El fuego había prendido ahora en el corral. Cacareaban escandalizadas las gallinas, gruñían rencorosos los cerdos, pateaban enloquecidas, para quebrar sus patitas finas, las cabras, mirando con inocente estupor las llamas que querían cogerlas. Relinchaban los caballos apretados unos con otros, golpeando desesperados contra los palos del corral. Por el aire vuelan grácilmente plumas quemadas y se alza y esponja y parte un suave olor que golpea apresurado en el vientre y despierta antiguos voraces ensueños, se están asando los

cerdos junto a los caballos que los patean relinchando, furiosas se les abren las narices, los hocicos, torcidos hacia el fuego, relinchan de terror y duda, el aire les lleva y les trae el olor acre de los caballos que huyen entre llamas por el campo. Empujando el corral los caballos nuevos, pateando el aire ardiente y alzando las pequeñas cabezas hacia el sol, volteándolas ansiosas y desesperadas, echaron a correr sobre los escombros que ardían. Los caballos que aún no han huido tactan con suavidad, con enfermiza timidez, el aire, buscando un olor persistente y conocido, se encabritan entre espumarajos, el miedo les trepa por las patas, les cae una baba ardiente y rojiza y se deslizan temblorosos de los muslos españoles que los atenazan desfallecidos. Vuelven grupas y relinchando corto y nervioso empiezan a correr, tensos los cuerpos, desorbitados los ojos, resoplando fuego por las narices, mientras retardadas flechas se les clavan en los cuartos traseros.

Alonso de Monroy miró la maniobra y se puso furioso.

—¡No huyan! —gritó a los jinetes.

—¿No huele el aire vuestra merced? —contestó furioso también, Aguirre—. ¡Los caballos lo huelen!

Monroy sólo sintió el viento caliente que le echaba en el rostro la caballería que huía. El griterío de los indios galopaba tras ellos. Flechas alegres e insolentes se clavaron en el cielo. ¡Se huye el cristiano! ¡El indio lo perseguirá! Fue disminuyendo, bajando hasta el suelo la indiada, sonaban secos los pies desnudos en la tierra y al momento el galope ligero, interminable, iba dando puntadas por el otro lado de la llanura para atajar a los caballos que huían.

Monroy se quedó mirando el campo. Se veían muchos cadáveres de indígenas, despedazados, pateados por los caballos. Caras indias aplastadas contra una peña, un

muslo metido a golpes en la tierra. Las flechas estaban tiradas a montones en el suelo, tintas en sangre, quemadas, embarradas. Se veía el negro muñón de las teas. Junto a unas picas quebradas, la empuñadura de oro de una espada y allá, en las cercanías del campo indígena, agonizaba un caballo. Se movían en el aire sus patas, como si las tuviera enredadas y quisiera desenredarlas. No relinchaba ya, movía no más el negro hocico, vertiendo una sangre enterrada, soplando débilmente las narices y con un ojo reventado por la pezuña de otro caballo. Cerca de él estaba tirado un jubón nuevo, limpio, sin sangre, y unos pasos más allá, hecho un revoltijo con cabellos de indio y una macana rota, un trozo del bordado de la camisa fina de un cristiano. Monroy miró la rama desgajada de un canelo a la orilla del río. De ella colgaba un cadáver indígena, doblado por la cintura, con la espalda tachonada de flechas y la cabeza rota, sangrando leve. En la orilla del río había más cadáveres de indios y dos, tres españoles hundidos hasta el cuello en el agua sangrienta, de bruces en ella, como si la estuvieran bebiendo. Cueros, flechas, *huaracas*, se arremansaban en la orilla. Miró más lejos, vio alzarse las llamas que palpitaban tranquilas al otro lado de la calle. Olió el aire. Traía un olor esparcido de carne asada, de plumas de ave, de cueros de animales quemándose. Caminando a través de eso, alzando la falda como si fuera de paseo, mostrando los piececitos leves, apresurados, nada trágicos, ajena a esa destrucción y ese desorden, doña Inés venía a su encuentro. Va de paseo, va a pelar la pava y es bonita, es intrigante y misteriosa, pensaba él, mirándole las botas, el ruedo de la falda, la mano apretada con coquetería a la saya. Ella le estaba sonriendo.

—¿A otro lado se trasladó la batalla, teniente?

—Hacia la plaza se replegó la gente, señora. ¡Olieron el aire los caballos!

—¿Qué cosas trae el aire?

—Olor a carne asada me unta el bigote. ¡Tienen miedo los caballos!

—¡Y los caballeros también! ¿No pensáis que los españoles no se portan como debieran? Los muslos del jinete transmitieron su temblor a la espalda de los caballos. ¡Por eso huyeron juntos!

—Desde la madrugada se bate la gente. Tomad en cuenta el cansancio de los cuerpos, el hambre de las bocas y la calor y la sed de la lengua. ¡Si no cuenta eso, cobardes son los españoles batiéndose contra los indios!

—Desde la medianoche anda despierto el indio, señor. Se habrá levantado un poco antes si nos vino a despertar. Yo no digo nada, pero pienso que parece que huyó la gente.

—Los empujó el indio, los quemaba el incendio. Si no dejan el campo, clavados en las picas, asados en los escombros entregaban el ánima. Hace calor aquí, demasiado calor. Yo ya no lo resisto y si vos no me estuvierais mirando, mi caballo fugaba también hacía rato.

Se sonrió doña Inés. Miró a lo lejos. Iban caminando hacia la plaza varios soldados de a pie, atravesaban la calle en aquella dirección, sin apuro y sin zozobra. Se oía impreciso, a enorme distancia, el vocerío de los indios, como si fuesen retornando, en paz y fiesta, adormecidos con el baile y el licor a sus campos apacibles, a sus *reguas* dormidas.

—Dispense vuestra merced, dispense mi lengua alargada. De ignorancia y no de maldad habla ella. Soy una pobre mujer que no conoce la ciencia de los soldados. Me equivoqué y vuestra merced me dispensa. Pero el amor a la ganancia desta tierra me hizo hablar con pasión. No es alegre mirar cómo el incendio se está comiendo a la ciudad. Después que se extinga la hoguera y que huyan desbaratados los naturales, el hambre nos apretará los

estómagos y tendremos que subirnos a los árboles o hundirnos en el agua para encontrarnos vestidos.

—Todo lo quema el incendio, hasta el valor. Olores, miedos y emanaciones traía el aire y los sigue trayendo. Sí, es la ciudad arrasada, pulverizada en llamas y humo, despilfarrada por unos locos sueltos, el viaje y las batallas, los terrores y proyectos. Pero vos sois valiente, habláis de las hambres y necesidades que pasaremos después que se apaguen el incendio y los indios. Habláis de las penas que soportaremos. Pensáis, seguramente, que la desocupada mano del apóstol nos vendrá a sacar deste hoyo profundo en que nos martiriza el indio. Valiente sois, señora, animosa sois. ¿Sabéis cuántos son los indios? ¿Conocéis el número de caballos que nos van quedando? ¿No los sentíais relinchar de terror hace un instante? ¡Se estaban muriendo, heridos, quemándose! ¡A más de uno las llamas le brotaban de la herida como de un braserico espantoso! ¿Escucháis cómo aúllan esos demonios? Están felices acosando a los cristianos. ¡Están seguros, los tienen seguros, acorralados en el incendio, una trampa para pumas! Todos nuestros pellejos tienen dueño ya. ¡Quién sabe en la puerta de la ruca de qué cacique se irá a clavar mi cabeza!

—¡Guarde la testa, señor! Cuide al cristiano que es voacé, que no se le caerá hasta la *regua* india la cabeza si no la deja caer. Mientras disponga della como propia, planes nos pueden salvar.

—¿Planes, planes, planes decís? ¿Creéis que sean bastante? ¿En ciertos planes por inventar cifráis vuestra confianza? ¡Se ve que sois supersticiosa y que amáis el *ambi* de los indios!

—¡Ay, señor, no os riáis de mi alma! ¡Yo siento dentro della que de aquí a unos meses estaremos muertos de hambre, pero vivos!

—¡No es mucho consuelo declararnos que no nos

matará rápido el indio, pero que nos terminará lentísimo el hambre!

—Morir..., morir de hambre..., ninguna boca con dientes se muere, caballero. Pero ¿escucháis el vocerío hacia la plaza? ¡Faltáis en ella, teniente!

—Falto y voy volando, soy el solo español que se quedó por el contorno.

—Contadme por español, don Alonso. Ya véis que ceñí espada. ¿Está bien ajustada la correa?

—Está bien. Toda la vida la llevasteis, pero ahora no más la veo. ¿Me daríais un poco de agua? —dijo debilitándose, sentándose en una piedra.

Doña Inés se apartó un trecho, se metió a una de las casas que estaban lejos todavía del incendio y trajo una jarra. Se la alargó en silencio.

Monroy bebió con ansias, metiendo su rostro fatigado en el breve espacio húmedo, cerrando los ojos en él y respirando con angustia, con fortaleza, casi con reto y fiereza, pero se sentía acongojado, asustado, presentía que algún peligro, una amenaza, iba lentamente hacia él, mandando desde alguna parte. Cuando sacó la cabeza de esa humedad y ese alivio y ese presentimiento, ella lo estaba mirando con sus ojos enormes y preocupados. Doña Inés cogió el tiesto que él le alargaba en silencio y lo lanzó al suelo. Fue un súbito gesto de rabia y esperanza y él consentía en esa esperanza. Monroy la miró con cansancio y sorpresa, sentía la humedad reciente palparle todavía en las sienes, acariciarle los ojos con visiones informes y terribles, mientras, lejos, renacía y se alzaba una vez más el ruido de arcabuces y mosquetes. A dos cuadras, bajo el sol, crepitaba con bríos el incendio. La miraba con gozo:

—¡Pero estaremos vivos! ¡Si parece mentira!

Echaron a caminar pegando miradas de inquietud. Ni españoles ni indios quedaban en el contorno. Hacia la

plaza se había corrido la *guazábara*. Sólo el incendio quedaba ahí, demoliendo los ranchos. Iban callados ahora, pasaban a través de bocanadas tibias, casi agradables y prometedoras. Caminaban apretando los labios, alertando los oídos, sintiendo sus cuerpos expectantes y trémulos. Atravesaban una calle y al hacerlo apuraban los pasos. Junto a una acequia estaban reunidos unos *hueñus* y algunos indios jóvenes, sonreían y hablaban alto, parecían contentos. No divisaban una sola gallina, una sola oveja, ni un chanco. Se los comió el incendio. También se quemaron el maíz y el trigo, el incendio se lo comía todo con sus extensos labios. Allá estaba el humo, se metió a las casas, a las ropas, a las sillas, a los arcones traídos del Pirú y Venezuela. Hasta las sogas para ahorcar españoles y lacear indios las devoró el fuego. Si puede, quema la tierra para que no asiente pie el español. Indio es el incendio. Iban callados. No divisaban españoles ni naturales. ¿Cómo? El fuego rodeó la ciudad, pero todavía no se coló en ella. Era una suerte y se sonreían entre asustados y esperanzados. Con nadie vivo o muerto topaban ahora sus ojos. Sólo los árboles, las acequias que prolongaban las calles, las ruinas de los ranchos quemados, algunos yanaconas reventándoles una alegría purulenta en las costras de la cara. Se acercaban al ruido de la batalla. Dos cuadras más y estarían en la plaza. Llegábales claro el griterío de los indios, no se acallaba, se hacía eterno, no disminuían las flechas y, de tarde en tarde, como un cansancio que se recobraba, reventaba el estampido de los arcabuces. Algunos pájaros cruzaron inmóviles el tranquilo cielo, a través del humo alto. Sí, un humo de nubes delgadas empañaba ahora un poco el firmamento, hacía calor, pero con nubes el calor. Disparó un mosquete, estalló un arcabuzazo, se entreabrió en un vocerío infernal el grupo de los indios que empujaban los árboles y remecían sus ramas. Sobre el vocerío se ele-

varon las flechas, hendieron el aire y se vinieron a tierra. Como si los miraran. Ahí estaban los españoles. Ahí estaba la plaza.

—¡Mire vuestra merced, los tienen rodeados los indios!

Miró Monroy. En todo lo que sus ojos abarcaban de la plaza, tapando las bocacalles, había grupos de españoles, a caballo, desnudas las armas, a pie, erectas las picas y las espadas relumbrando. En cada callejón grupos de mosqueteros y arcabuceros estaban disparando, envueltos en humo. Los caballos permanecían piafando, relinchando, temblando nerviosos en los remos y el pescuezo. Ya no olía acremente el aire. Monroy se encontró con Villagra.

—¿Estamos rodeados?

—¡Por todas partes, teniente! ¡Si nos desalojan de aquí, no nos quedará sino el pellejo para replegarnos!

—No aguardaremos que se nos derramen por las bocacalles los indios. ¡Que no paren los mosquetes y que hagan salidas los caballeros!

—Ya las han hecho, señor. Revientan a los indios más cercanos, pero vuelan otros a rellenar el boquete.

—¡Qué salgan mil veces los caballos, señor Villagra! No esperen los jinetes que los jamelgos saquen otra vez el resuello para salir corriendo. ¡Como pueden se lo sacan! ¡Si no nos meneamos luego, nos sosegarán los indios!

Villagra no contestó y se fue caminando pausadamente hacia la esquina noroeste de la plaza. Había allí un bullicio horrible, gritaban los españoles, se insultaban entre sí, se querían pegar, relinchaban los caballos, el humo de los disparos se arrastraba espeso a un metro del suelo, no dejaba mirar demasiado, subía recto hacia arriba, en columnas fatigantes y rituales, hacia sus manos, hacia sus rostros, los quería ahogar, decirles que se escondie-

ran dentro de él. Los soldados de a pie peleaban ahí con los indios. Cansados mueven los brazos, parece que se les van a detener en la última gota del esfuerzo, pero, cansándose, los alzan lentos buscando a tientas, como ciegos, cosas invisibles, la muerte, el descanso, una silla, pasado mañana, dentro de tres días, la noche de Navidad, de todas maneras tan cercana, y suspiran ronco, como sollozando, para poderse acordar. Desde alguna parte, desmoronándose, cae un indio, tornándose rojo y al punto surge otro de la tierra, volteando la macana, las *huaracas* buscan su acomodo en el aire para caer juntas abrazando en el suelo las piernas de un cristiano que descansaba o rezaba juntando un poco de sangre, un puñado de sudor en sus dedos deshechos. Así pelean en mitad del calor y de la fatiga que se les prende a las manos y se las entreabre cansadas. Los españoles son valientes y los indios numerosos. Al darse cuenta de eso tan fatal y preciso y fácil de comprender, es que ellos se cansan. En esta esquina, más que en otros sitios, están terribles los indios, peleando en medio del campo, rodeados por imperceptibles, matizados y lejanos perfumes de flores, de hojas verdes, de brisas frescas, de grandes ramas llenas de sombras, tras ellos está el ejército que les cubre las desnudas espaldas, a una cuadra corre libre y limpia la orilla del río. El sol cae de filo sobre las testas, derrite los yelmos, golpea airado en los pechos, sacude con furia las adargas, quema la espada en la mano. Sintiendo eso tan injusto y sorpresivo, se cansan, pero, cuidado con esta macana, robusto se agitó el brazo indio y lanzó el golpe desde lo hondo del pulmón, desde las minas ocultas en la oscuridad y la frescura, desde el fondo de la tierra intoxicada llena de futuras siembras y de flores.

—¡Con suerte anduvo vuestra merced —gritó Gómez de Almagro—, soberbio brazo, hermoso golpe, yo, de gusto, lealtad y compañerismo, lo hubiera recibido!

Nada contestó Pero Sancho, mirando con fijeza al indígena, como reconociéndolo, como si le recordara otros golpes, otros brazos, otras batallas más lejanas y más verdaderas. Titubeaba con mesura la espada en su mano y, aunque tenía engrillados los pies, se movía con limpieza, con facilidad casi. Hundió en el aire la espada y al extremo la metió en el indio, en otros indios, en otras batallas, cuando todavía era joven y lo estaban esperando bajo los árboles, más allá del puente, y los caballos blancos, dos caballitos blancos, frágiles y saludables, brillaban en la noche. Tenía la cabeza descubierta y la mirada distante y aterciopelada, velada por sueños o por antiguas lágrimas, se veía pálido, más pálido por la enfermedad que por los nervios, un mechón de cabellos rubios le desfallecía en la frente.

—¿Decía algo, voacé?

—Nada de particular sino que me siento feliz de ser vuestro carcelero. ¡El hidalgo es un gran guerrero!

Sancho sonrió con un dejo de fatiga, miró al indio caído, muchos indios amontonados a sus pies y todos tan jóvenes y voluntariosos, casi alegres, casi riendo se enfrentaron a la muerte, le estaban esperando al otro lado del puente, tal vez no tuvieran que esperarlo mucho ya. Se le enfriaba la melancólica sonrisa, un leve rasgo de malicia le nublaba la frente.

—Son valientes —dijo pensativo.

Y comenzó a defenderse de varios indígenas que, blandiendo picas y macanas, se le venían encima. Gómez de Almagro corrió a su lado y, gordo como era, se puso a sablear ágilmente a los indios y se reía, comprendiendo que la risa era útil y que lo preservaba y le sostenía el brazo y la espada y su risa corría por la espada hacia los indios para reírse de ellos, para que comprendieran que él no iba a morir, porque, además, nunca hasta ahora había estado tan contento de estar vivo, completamente

te vivo y para mucho tiempo. Dio un golpe tan terrible en el hombro de un indígena que le lanzó lejos la macana rota y, de rebote, lo golpeó otra vez, le hirió el brazo en medio de un enorme silencio y se encendió de fiera y seguridad. Mientras tanteaba cuidadoso a otro, que se removía herido en el suelo, gritó a Sancho:

—¡Para valientes vuestra merced! A un ejército se le atreve y, toma, que lo tienen encadenado y enredado. Si por mí fuera, seor Sancho, ya le habría desamarrado los borceguíes.

—No le oigan, alguacil —le contestó tranquilo y digno, esquivando el punzazo de una pica que le rompió el cuello. Se llevó la mano ahí y tocó la sangre, se le encendió la palidez de la cara y agarró con firmeza la espada, dando unos pasos hacia Gómez de Almagro, abriendo la boca como si fuera a decirle un secreto grave e impostergable.

—¡No le oigan, Gómez, que le dejan la cabeza para abajo en el cepo por conspirador!

—¡Parecer mío que el hidalgo me dispensa! ¿No estaréis quejoso de mí?

—Jamás me quejo, alguacil, y de voacé no puedo quejarme. ¡Me hospedo en su casa! —contestó sonriendo.

—No se ría, señor, que no está el día para risas. Los indios rompen y queman la ciudad. No espere que libren mi casa ni la cárcel, que dos hacen una, como el indio y el demonio.

Sancho peleaba silencioso. Ligeró el cuerpo, sin cansancio el brazo, le estorbaban los grillos y era inolvidable para él estar peleando encadenado. Su orgullo engrillado era el que peleaba. No peleaba contra el indio, lo hacía, en realidad, contra el español. Contra el capitán se mueve el brazo de Pero Sancho. Maneja con tiento y misterio la nerviosa espada que a él, nervioso, lo prolonga. Se toca de vez en vez la herida del cuello, se mira los escar-

pinos, las medias blancas, los guanteletes transpirados y llenos de sangre. Le agrada defenderse solo, le agrada matar a cualquiera, ya que no puede matar a uno solo, bien determinado. Anda muy lejos. Su espada no lo puede alcanzar. Relumbra al sol, hiere con una extraña seguridad ausente el aire y cuando golpea una cabeza o corta un vientre, entonces, nada más, la espada pierde su ausencia y delicadeza, se torna grosera y concreta, se recupera él y hiere al indio como si no hiriera al indio. Un golpe de macana, que detiene de lado con el brazo, le pone un poco de aturdimiento en la cabeza, la alza y mira a la distancia pasar a caballo al capitán, dormido sobre la silla, caída la cabeza y flotándole leve una capa blanca embarrada o manchada de sangre. Va lento, atravesando entre los árboles, más allá del puente, ahí donde hacen multitud los indios gritando su algarabía bajo el sol, meneando las testas multiplicadas, alzando más las picas y desparramando las flechas llenas de viento sobre las cabezas de los que se baten. Sancho mira al capitán hasta muy lejos, no quiere perderlo de vista, está nervioso y transpirando, da unos pasos apresurados, alza la espada y quiere gritarle para que lo espere antes de que empiece a atravesar el puente, hundió la espada frente a él, hirió en plena cara al indio, vio el gesto horrible, la facción de sangre y de extrañeza que dibujó apresuradamente la herida. El indio, acercándose agachado, le disparó la *huaraca*, la barajó con la mano y de un tajo cortó en dos el cuero del arma, que rodó a sus pies, paró otro golpe y, al tornarse el indio para que él viera que se estaba muriendo, vio desvanecerse entre el humo la cara del capitán envuelta en la blanca capa ensangrentada. Vuelto a él el indio le gritaba algo con urgencia y él, recogiendo esos gritos y sintiéndose apesadumbrado y duro, le clavó en el pulmón la espada. Sancho no habría querido herirlo así, miró con palidez la abundante sangre que corría por la es-

palda y el costado, hacia él, hacia él precisamente, era para él, le pertenecía, la miraba todavía cuando sintió que algo le trajinaba por los pies, sintió súbito miedo y apretó la espada. Hincado en tierra, Gómez de Almagro le sonreía con su ancha cara:

—Vuestra merced es un valiente, no sólo yo lo digo. El teniente me mandó agora desataros el hierro indigno. ¡Estáis libre, señor!

Se ponía de pie, esgrimiendo los grillos en la mano como un trofeo, cuando una nubarrada de flechas cayó sobre ellos. Les fue preciso correr. Los indios, que hasta entonces se habían mantenido alejados de la orilla del río, corrían hacia ellos enarbolando las manos erizadas, mostrando con odio los caballos, *chivateando*. Mientras los arcabuces y mosquetes echaban más fuego y humo, quedaron, por fin, encerrados en la plaza. Tras ellos entró una ventolera de caballos y de yanaconas que gritaban escandalizados. Un soldado, lleno de sangre el pecho, cojeaba hacia ellos. El resguardo no era grande y el griterío indio que forzaba el sitio parecía que lo achicaba más, chillando ahí mismo, tras las empalizadas, remeciéndolas, su feroz alegría, elevándola hacia el sol, cuyos rayos abiertos caían sobre la plaza. El incendio había extendido también sus llamas, lo sentían tremolar en lo alto, entre el viento limpio, se apresuró en quemar las más lejanas casas, no se dilató en quemar las ropas, ni todos los bagajes, ni los muebles, le pegó un largo manotón al maíz y al trigo, que ardieron como pólvora rodando hacia las brasas, encerró a la pollica y al pollo en un corral de llamas y luego esparció el aire, feliz de esparcirlo, para que olieran las narices de los cristianos el grandioso y renovado tufo de chanchos, cabras, ovejas y caballos quemados, se apuró el incendio, rodeó la plaza y ya salían sus lenguas amarillas entre las murallas agrietadas, abriéndolas entre el sol y el humo y acariciaban,

como ciegos, los marcos de las puertas, las ventanas cerradas. El humo rodaba silencioso en las piezas, mostrando misterioso los rincones tranquilos, las patas de los muebles radiosas y duras, los flecos de alguna arboladura o cortinaje ferozmente iluminados. Ondas de calor trae el aire, cada vez menos aire frío, cada vez más fiebre, más llamas, más maderas ardiendo con ruido. Alzan los brazos para apartar todo eso, los maderos que caen de lo alto, golpeando las cortinas, echándolas al suelo, a sus pies, el humo que viene hacia ellos para envolverlos; un soldado tose con angustia, ven su espalda que se remece solitaria e inerte. Monroy los quedaba mirando:

—¿Qué hacemos, señores? ¿Qué opináis, Villagra, qué pensáis de esto, Quiroga, qué os parece, Aguirre?

—Apretar las fuerzas y resistir —contestó Villagra, indiferente, casi alegre o, por lo menos, sarcástico—. No se hará eterno ahí fuera el indio y si aguantamos tendrá que irse, aunque no quiera.

—Resistamos y matemos sin piedad al asaltante y también al inocente, no nos queda otro remedio para salir de la trampa —dijo con tranquilo esfuerzo Quiroga, mostrando su cara joven, libre de odios y de dificultades.

—¡El apóstol no nos sacará de aquí! —agregó Aguirre, echando un mirotazo rápido a don Rodrigo—. ¿Qué haremos sino resistir? ¿Qué haremos sino trabajo de desesperados?

El sacerdote estaba callado. No tenía deseos de hablar. Sólo muerte y sangre veíanse por todos lados como solución, y sus labios sobaban ahí. Monroy miró a doña Inés. Se ponía ella otra vez súbitamente enojada:

—Resistir, resistir, lo dice fácil la boca, pero luego se cansan las manos. ¿Vais a enterar el día resistiendo? ¿Vais a enterar la noche? Mire a los soldados, teniente. ¿Les encuentra cara vuestra merced de resistir hasta que los indios se aburran uno destos días, el martes o el miér-

coles, y de aburridos se vayan caminando? ¿Con qué resistiremos? ¿Qué dispararán los arcabuces y mosquetes cuando ya no tengan pólvora? ¿Resistir, señor Villagra? Contemple vuestra merced la lengua de los caballos. ¡Se las puede andar midiendo el alarife! ¿Cree que resistirán mucho los caballos? Se mueren de cansancio y de sed y ni un millón de flechas los pararán del suelo cuando quiebren sus patas agotadas. ¡Miren el incendio, señores! ¡Entren las lenguas para que no se las queme el aire! Cuando empiecen a disparar otra vez los indios, se enloquecerán de fiebre los soldados. Los veremos, los verán vuestras mercedes arrastrándose hasta los caballos abiertos en dos para apagar la sed con sangre hirviendo. No podremos matar muchos indios más, señor Quiroga. La fatiga está desmoronando a los soldados, mírelos vuestra merced. ¡Se tienen en pie porque ésa es la orden! ¡Una hora más y tendremos que sujetarlos! ¿Qué meteremos en los arcabuces para disparar a los indios? No podemos cargarlos con pedazos de incendio. Luego se agotará la pólvora, se quedarán secos los cañones y no tendremos sino que parar las flechas con las manos y recoger del suelo las *huaracas* para comernos los cueros. Ni el apóstol ni vuestra merced nos sacarán de aquí, señor Aguirre. Se burla el seor caballero porque no está bastante cansado ni tiene hambre todavía, ni le muerde la sed. Resistamos un día más y a ver si no se le derriren solas la burla y la arrogancia. ¡Eso pienso, teniente!

Se había puesto pálida, había alzado la voz y los soldados la miraban con mortal aburrimiento desde sus puestos. No se movían, no tanto por obedecer sino porque el moverse les hubiera significado un sufrimiento. Los yanaconas miraban curiosos, andaban desocupados y sueltos, casi se ponían contentos. Villagra, Quiroga, Aguirre estaban mudos. Mudos se quedaban el sacerdote y Mon-

roy. Se oía nítido el vocerío de los indios, caían las flechas en el recinto, flojamente, disparaban tardos los arcabuces, relinchaban los caballos y movían las patas. El humo tenía lleno el recinto y chispas y llamaradas prendían en el aire aún. De un costado de la plaza, lejos, en la fatiga, surgía un humo negro, poderoso, maligno, des-trenzándose sin apuro, con desesperante seguridad. Se quedaban callados.

—¡Mate a los caciques, señor teniente! —gritó doña Inés—. Son nuestra única salvación. ¡Escuche el cinturón que nos ponen los indios!

Los otros se quedaban callados, para eso, para que resaltara más la soledad de él. Alonso de Monroy la miró largamente. Dijo con suavidad:

—Los caciques son rehenes, señora. No los podemos matar. Si los indios se nos meten en la plaza, ganaremos nuestras vidas con las de los prisioneros.

—¡Los indios entrarán en la plaza antes de la medianoche! —gritó doña Inés—. Siéntalos cómo hierven furiosos. Quema su sangre como el mismo incendio. ¿Cree vuestra merced que enfriarán su rabia de súbito para escuchar a los caciques que les digan que no nos maten? ¡Cuando contesten que bueno, ya seremos cadáveres!

Se quedaban callados. Ella los quedó mirando. Se sonreía con sonrisa despreciativa y maligna. ¿No se atreven?

Se quedaban callados. Sonó un arcabuzazo. Llegaban flechas. Cayeron, secas, en la tierra. Gritó, herido, un y-nacona, sintieron sus pasos que corrían para que los mataran. Sonó otro arcabuzazo.

—¿Nada contesta voacé? —preguntó rabiosa.

Monroy la miró con altanería. Le hablaba como el capitán. En el lecho se le pegarían sus gestos. ¿Por qué

le gritaba? ¿Por qué clamaba? Siempre quiso al indio. ¿Por qué los odia de repente? No, no quiero matarlos.

—¡Digo que son rehenes y no los mato! —respondió.

Doña Inés porfiaba todavía:

—No se ponga ciega vuestra merced, mire lo que hace. Abra los ojos, teniente, escuche a los indios. No podemos resistir más. Por los caciques vienen ellos, por los caciques vivos y no muertos. Máteles y huirán de pavor los indios. ¡Muertos nos salvarán, que no vivos!

—¡Matar para que vivamos! —dijo en un susurro el sacerdote.

La quedó mirando, llena la mirada de angustia y conmisericordia.

—¡Segura tenéis que estar, señora, para que no os tiemble la voz!

Doña Inés miró en un pestañeo al viejo, no lo vio, tenía la mirada blanca y perdida, estaba palideciendo, se iría a desmayar. Mirándola siempre, agregó él con suavidad:

—¡Siempre fue terrible matar y ahora lo será dos veces! ¡Para que nos salvemos! ¡Y de qué manera!

Ella lo miraba, despavorida la mirada, parecía asustada y débil, abandonada y triste y también insegura. Dio un suspiro. Sin mirarlo, dijo con voz temblorosa y fina:

—Estamos perdidos. Otra cosa no nos salva.

—Rehenes son —dijo, debilitando la voz, Monroy, y la arrastró en seguida—: Y si muertos los caciques no se van los indios, ¿quién nos salva?

—¡Se irán, se irán! —gritóle ella con voz dura y despreciativa—. Las cabezas cortadas enloquecerán a los indios. Se irán. ¡Están pegados a nosotros ahora y se irán!

Ahí mismo, tras el paredón que los defendía, escucharon el vocerío de la indiada. Pegadas a las paredes se

alzaban las picas, inmóviles y terribles, aguardando, un arcabuzazo pasó volando, haciendo voltear las miradas, y sacó un largo chirrido de reto hasta muy atrás, donde se prolongaban hacia el horizonte por bosques y cerros y quebradas las fuerzas indias. Gritaban de terror los yanacunas cuando miraban las nubadas de flechas que ponían un poco de sombra movediza en el calor de la tarde y corrían a guarecerse en las patas de los caballos. Pateaban los caballos, babeantes los belfos sanguinolentos, brillantes los ojos afiebrados, evaporándoseles las narices en un respirar enfermo, y cuando alguna flecha los punteaba y empujaba, pateaban furiosos, revolviéndose, buscando con el hocico el dolor que los martirizaba. Miraban cansados los soldados, se cerraban de sueño, otros estaban sentados, manteniendo entre las piernas, cansadas definitivamente, el arcabuz o el mosquete que aún humeaba. Miraban con pereza hacia el incendio cercano, les traspiraban bajo la armadura la piel y los vestidos. Más de alguno se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor y la sacó manchada de sangre. Con el calor no sentían dolor, tal que sueño sentían la sangre y el dolor apegados a ellos, envolviéndolos, velándolos, aguardándolos, una cosa lejana y necesaria que los estaba esperando más allá, más abajo, más lejos, hacia las casas más apartadas, donde no había humo y el aire era limpio y puro. Sopor era el bullicio de los indios que tras el paredón seguían alborotando y cuando por el cielo plomizo y hostil venían las flechas, las quedaban mirando, hambrientas las bocas, secas las lenguas y como desprendidas. Sed rabiosa, infatigable, les producía el sudor que corría por la grupa de los caballos, por las espadas, por el cañón de los mosquetes y que descendía apresurado por las piernas. ¡Disparen los soldados!, se oyó el grito de Alonso de Monroy y, entonces, pesadamente, cogiendo

aque! grito con desmayo, dispararon su cansancio los arcabuces, por seguirles dispararon los mosquetes mientras tras ellos oíanse más lejanos y apaciguados los gritos de los indios. En el aire, en el agua, se perdían los disparos, el incendio arreciaba también su bramido desmenuzado y vivo, lo llenaba de humo, de demasiado humo. El sol caía recto sobre ellos, debía estar muy cerca, muy abajo, veían sus rayos potentes y gruesos atravesar el humo negro y bajar lentos y amenazadores hacia ellos. El humo los rodeaba, caía del sol, precisamente, se tornaba encarnado y se abría sin ruido, dejando escurrir un humo joven, casi blanco, picante y desagradable. No se iba el humo, no se adelgazaba tampoco, caía en la plaza llena de flechas; se metía por las patas de los caballos, se filtraba en los borcigués de los cristianos, rodando por el suelo se quedaba el ardiente humo, tanteó en el suelo a un yanacuna herido en el vientre, como perro lo olfateó, le rodeó el cuerpo suavemente y, afinando el hocico, se le metió en la herida. Miraban con fiebre todo eso los soldados, solos se les asomaban los dientes para sonreír o sollozar. Cuánta calor hacía. Suenan los indios, suenan dentro, resuenan en los metales de las armas, golpean repetido, estridentes, en las orejas. El sol se detuvo en el cielo, se quedó clavado, colgado en los árboles, despedazándose entre las ramas, cae en la plaza el calor y cuando cae se desparrama, tuercen ellos la cabeza y se quieren dormir.

—¡Salve a la colonia, teniente! ¡Mate a los caciques y cumplirá con el capitán, con el virrey y la corona! —exclama tranquila doña Inés.

Monroy la mira en silencio, blanca la cara, da después una ancha mirada por el recinto. ¡Disparen los soldados! Mira a un yanacuna muerto; a unos cuantos pasos de él yace con una profunda herida en el vientre. Una columnita de humo sale de la herida.

—¡Son rehenes! —exclama Monroy en voz baja, firme, muy firme, sin embargo, pero abajo, abajo, siente él el llanto de los indios y tiene una congoja y ganas de llorar también.

Los caciques estaban ahí, hechos un solo atado, unidos todos por una sola cadena. Cuatro arcabuceros los custodiaban. Eran fornidos, robustos, parecían tranquilos, estaban descansados, eran los únicos que no estaban sufriendo. Mostraban una evidente alegría cuando al otro lado de la pared sentían el incansable *chivateo*, les brillaban los ojos oscuros cuando veían venir las flechas. Una de ellas cayó cerca. El cacique quiso cogerla, se agachaba en un gesto pueril y desprendido para hacerlo, pero el arcabucero golpeó brutalmente con el arma y le aplastó la mano en el suelo. No hizo un gesto el indio y ya no miraba. Sosegados, sombríos, se quedaron, tiesos, altas las cabezas y los ojos oscuros adentro, adentro y lejos, en los bosques, en las aguas. Cuando veían venir las flechas y cuando escuchaban a los indios, se les alegraban en la oscura cara los lejanos ojos indiferentes. No hablaban, no se miraban. Sólo gestos, retazos de visajes se les asomaban en los rostros duros y tristes, estaban inmóviles, alzados los ojos al cielo, esperando otra bandada de flechas.

—¡Vuestra merced pierde la tierra! —gritó furiosa Inés de Suárez—. ¡Salvarnos puede y no quiere!

Se había separado ella de junto al silencioso sacerdote, erguida e hiriente, esgrimiendo la espada que quería mostrar. Los miró a todos. Corrió donde los caciques prisioneros, que no hacían un gesto, indiferentes a esos ademanes y esos gritos. Entonces, el arcabucero, en vez de apartarla e impedirle, le sujetó al indio por los hombros, casi con suavidad, y ya tuvo el soldado en sus manos la tronchada cabeza que ella le pasaba en un gesto

de asqueado horror y de arrepentimiento. Muy pálido, la cogió por los cabellos y sin gran esfuerzo la lanzó por el paredón. Gotas de sangre cayeron desde el aire. Se oyó un grito inmenso al otro lado, de sorpresa, incredulidad y duelo, un *chivateo* que, naciendo apagado y triste y desilusionado, se iba prolongando hacia atrás en las filas indias, como peinándolas y se quedó finalmente resonando. El degollado había caído haciendo troncharse sobre las rodillas a sus compañeros de cadena, echaba sangre espesa que fluía lenta salpicando las piernas y pechos más cercanos e iba encharcando el suelo. El arcabucero dio un golpe en los riñones al más próximo al muerto. Fue un gesto extraño, para despertar a la muerte que en el vientre del cacique dormitaba. Se paró como desperezando un sueño, alzando una mano encadenada como para que se la desencadenaran; mirando estaba el descabezado cuerpo, que todavía echaba sangre, cuando el tajo le puso bizcos los ojos. Alonso de Monroy, apretando sus labios descoloridos, cogió la cabeza que echaba cortos borbotones, como hirviendo, y la lanzó por lo alto. Repercutió el grito. Ya no volaron las flechas, sólo el alarido iba resonando en las bocas indígenas. Largo rato, largo rato, esperando. ¡Disparen los arcabuces! Era Villagra quien gritaba. Voló por el aire la tercera cabeza, la peloteó al otro lado el horrible grito indio, se quedó golpeando largamente, creciendo. ¡Disparen los mosquetes, listos los caballos para cargar! Era Francisco de Villagra quien gritaba, voló por el aire la cuarta cabeza, rápida como bala, y la recogió el grito que fue rebotando, pasando de boca en boca en un alarido angustiado, ensangrentándolas. Lloraba el indio inmenso, se lamentaba, quemaba el sol, el viento remecía los árboles, se apresuraba el incendio. ¡Listos los caballos para cargar! Doña Inés se aproximó al sacerdote, que nada decía, que no

Sigue

se movía. Ella lo miró. Parecía que él, de cansancio, inutilidad y sufrimiento, se quedaba dormido, pero no, no se dormía. Abrió los ojos, los abrió muy grandes, se le iban hacia el cielo, por donde un pelotón de cabellos sangrientos flameaba con pesadez en un torpe afán de aprender a volar, alzó la mano, dibujando una cruz temblorosa, pero no, no hacía nada, la mano le estaba temblando, se escuchó al otro lado el alarido, deshizo el sacerdote el comenzado movimiento de su mano y se quedó mirando el suelo. Revueltos en un enorme atado de sangre, de gritos y de lamentos, estaban los cuerpos degollados, revolcándose, respirando fuerte, huyendo todavía el tajo las dos cabezas no tronchadas, tirando de la cadena, que también echaba sangre, para huir gritando roncamente. Pero no huyeron y dos tajos vertiginosos las cogieron al vuelo, se fueron dando volteretas rojas en el aire y las recogió definitivamente el grito, el doble grito doloroso, que fue pasando, cayéndose, levantándose, alejándose, degollado, a través de la indiada. Se retorcían aún los cuerpos, se retorcían entre sí, exhalando la sangre que se prolongaba espesa manando lenta de cada tronco, como si buscaran algo que les hubieran escamoteado, como si bajo las cadenas, la sangre y los ronquidos, esperara, alzada y digna, una cabeza aún no tronchada; pero no, esa máquina ya había sido usada, ya había disparado todas sus balas. Se iban sosegando los degollados, a breves estremecimientos expulsaban todavía pequeños golpes de sangre. Los arcabuceros que custodiaban aquello, se habían apartado. Aquello ya no podría huir. Y al separarse ellos, se desmoronó sobre sí mismo el montón de los siete decapitados, cayó sobre las cadenas que aún los mantenían unidos y ahí quedó un manojo de hierros colgando desde el cuello que quedó más alto, y caían todavía de los eslabones gruesos goterones de sangre. Un caballo relinchó agrandando hacia el sangriento grupo las narices, relin-

*Cuerpo
revuelto
en
sangre
↓
bata
de
sangre*

chó otra vez, se movió hacia afuera, se oyeron carreras al otro lado, carreras y alaridos. Huían los indios. Los arcabuceros estaban disparando y también los mosquetes, cuando los que quedaban en el recinto escucharon nítidamente el galopar de los caballos españoles que perseguían a los indios.

Era la tarde del 11 de setiembre de 1541, que fue día domingo.

INDICE

El hombre más triste	9
El oro de Marga-Marga y el barco de Concón.....	27
La alegría los perdió	55
El silencio	69
Episodio	83
Supay el cristiano	97